

# LA LITERATURA COMO EXPRESIÓN DE IMAGINARIOS POLÍTICOS: EL CASO DE “PUEBLO CHICO” DE MANUEL ORTIZ

Literature as an expression of political imaginary: the case of "Pueblo Chico" by Manuel Ortiz

Diego Esteban Venegas Caro | Universidad de Concepción | devenegas1402@gmail.com

**RESUMEN:** En el presente trabajo estudiaremos la obra “Pueblo Chico” de Manuel J. Ortiz publicada en 1904, que describe las pugnas entre dos grupos –nativos y extranjeros- en el seno del pueblo de Villabaja, a través de cartas enviadas por el nuevo párroco que llegó al pueblo, a su amigo de la época de seminarista.

Dichas pugnas representan los conflictos entre liberales y conservadores que se dieron en diversas escalas en Chile a comienzos del siglo XX. Es así que, a través de esta obra literaria, intentaremos analizar las expresiones locales de esta pugna en conexión con lo nacional, y cómo en definitiva la literatura puede reflejar las tensiones del momento.

**PALABRAS CLAVES:** Imaginarios políticos – Criollismo – Literatura chilena – Historia regional.

**SUMMARY:** In the present work we will study the novel *Pueblo Chico* by Manuel J. Ortiz published in 1904, which describes the conflicts between two groups –natives and foreigners- in the town of Villabaja, through letters sent by the new parish priest who arrived at the village, his friend from the seminary period.

These struggles represent the conflicts between liberals and conservatives that occurred at different scales in Chile at the beginning of the 20th century. Thus, through this literary work, we will try to analyze the local expressions of this struggle in connection with the national, and how literature can ultimately reflect the tensions of the moment.

**KEYWORDS:** *Political Imaginaries – Criollismo, Chilean Literature – Regional History.*

## INTRODUCCIÓN

La literatura es una útil fuente para captar las sensibilidades del momento, en donde el literato es el intérprete de la sociedad que mira, cuestiona, admira y critica. Es así que la recreación de espacios, aunque su exposición sea fantasiosa, está en directo correlato con su experiencia y con una realidad que aún lo llama, y lo convoca. Por lo mismo, tomar la literatura como una fuente histórica válida es necesario, sin perjuicio de atenerse a las complejidades que se reducen a que el escritor ante todo se puede permitir crear ficción, más allá de que las posibilidades de creación estén mediadas por la cultura y sociedad en la que está inserto.

Sin embargo, no sólo una producción literaria o un escritor pueden ser objeto y sujeto de investigación histórica, sino una obra puntual, sobre todo en los casos donde el escritor en cuestión no posee una vasta compilación creativa, y las obras son más bien una catarsis ante la actividad principal del escritor, casi siempre distante de la creación artística. Tal como plantea Lara (2014), el desarrollo literario y artístico está influenciado por su contexto social y político, por lo que para estudiar a la sociedad se puede hacer el proceso inverso, es decir, así como la sociedad influye la producción literaria, para poder estudiar a la sociedad, podemos hacerlo a través de la obra.

Es así que nos propondremos estudiar los imaginarios y representaciones en los pueblos de la zona central durante la primera mitad del siglo XX, a través de la obra de Manuel Ortiz<sup>1</sup>, quien retrata con la llegada del párroco nuevo, los conflictos que se daban entre los que habían nacido en el pueblo, liderados por el Gobernador, y los extranjeros liderados por la viuda del coronel. El conflicto que se suscita de trasfondo, es la pugna entre el orden latifundista y el conservadurismo, con el orden republicano y liberal. La elección de no obedece exclusivamente a la clara representación de los bandos en pugna, y la identificación de sus ideales e ideología, sino también porque el autor, Manuel Ortiz, provenía de *San Carlos* y desarrolló su vida en la zona de *Ñuble* como profesor, escritor y periodista (Cartes, 2015).

Consideramos que esta obra representa las pugnas que se dieron a lugar entre conservadores, liberales y radicales en la zona. También, nos permitirá adentrarnos en el imaginario del campo ñublensino, y ahondar –aunque sea superficialmente- en la sociabilidad provinciana, y cómo las pugnas que se daban en Santiago, repercutían en el diario vivir provinciano, y cómo, en definitiva, el espacio pueblerino puede ser una representación de lo que se vivió en la sociedad chilena hacia la década de los treinta.

## DESARROLLO

La vinculación entre literatura e historia es más estrecha de lo que pudiera parecer, no sólo por el origen de ambas, tal como en la antigua Grecia lo entendían, sino también porque múltiples escritores e historiadores han diluido con sus obras los límites entre historiografía y creación literaria, sin embargo se puede analizar esta relación desde tres perspectivas –a lo menos-: la literatura como objeto de estudio historiográfico –historia de la literatura-, las producciones literarias como sujetos –la literatura como fuente para la historia-, y por último, la literatura y la historia desde una teoría crítica o analítica –perspectiva epistemológica-. Nosotros nos enfocaremos en la segunda perspectiva en nuestro análisis: la literatura como fuente para el estudio histórico, sin perjuicio que los otros dos enfoques puedan relacionarse.

---

<sup>1</sup> Sin embargo, nosotros trabajaremos la edición de 1932, publicada bajo una editorial distinta a la anterior. Hasta el momento, son las únicas dos ediciones de la obra. Cfr. Ortiz, M., J. (1932) *Pueblo Chico*, Santiago de Chile, Empresa Letras. Primera edición cfr. Ibid. (1904) *Pueblo Chico*, Santiago de Chile, Imprenta i Encuadernación Universitaria de S.A. García Valenzuela.

Esta tensión entre literatura e historia se ha abordado generalmente desde el análisis de la novela histórica<sup>2</sup>, pues claro, en este género es donde las distancias son más difusas, por lo que ha sido legítimo preguntarse dónde está el límite. Sin embargo, no es una novela histórica, así que el debate en torno a este género literario no nos es atingente. Nosotros nos preocuparemos por dos asuntos: la similitud del escritor y el historiador en representar una realidad y construir un relato con ella, desde la perspectiva de la teoría estética de la representación de Frank R. Ankersmit (2014); y en segundo lugar, cómo la literatura puede ser una fuente histórica<sup>3</sup>.

Sobre el primer punto, la teoría estética de la representación aplicada a la historiografía plantea que tanto el pintor como el historiador llevaban a cabo un ejercicio operativo similar (Ankersmit, 2014), ya que ambos al no poder acceder completamente a la realidad, en toda su complejidad y sus aristas, llevarían a cabo una representación de la realidad, en definitiva, una propuesta para entender ese presente que pasó, hacer presente lo ausente<sup>4</sup>. Esto se justificaría en el hecho de que ese presente pasado, epistemológicamente hablando, sería imposible comprenderlo, y no habría suficientes herramientas teóricas para entender esa realidad al desnudo. Ante esta situación, el historiador/pintor crearía una imagen de esa realidad, con los elementos que puede extraer de ella, representando ese presente pasado en un relato, con elementos del presente del historiador/pintor para hacerlo comprensible. En definitiva, este ejercicio constituiría una propuesta de comprensión del pasado, que tendría como objetivo aspirar a la verdad. El historiador/pintor no expone el pasado, lo representa<sup>5</sup>.

Otro punto de comparación para Ankersmit (2014), es que la tríada que representa el arte, la pintura y la historia del arte para el pintor, es equivalente al historiador con la historia, la historiografía y la historia de la historiografía. Es decir, tanto el arte como la historia son las preocupaciones centrales del pintor/historiador; la pintura y la historiografía son las construcciones artístico-intelectuales del pintor/historiador, la propuesta en sí; y la historia de la historiografía y la historia del arte serían en definitiva la historia de las propuestas de representación, a través de la historia, es decir, cómo se ha ido representando el pasado.

---

<sup>2</sup> Respecto a este punto, José-Carlos Mainer al analizar la relación entre literatura –novela histórica– con la historia, lleva a cabo un interesante análisis sobre la poesía, y la concepción aristotélica sobre la poesía y la historia. No hay que olvidar que la historia surge al alero de la literatura en Grecia, por lo que, para los griegos, la historia era un género más de creación humana. Sin embargo, el aspecto más interesante es la visión de la mimesis en la poesía, es decir, la creación poética imita la realidad: “Las palabras son de Aristóteles en uno de los fragmentos más citados de la Poética y no hay mucho más que decir acerca de los límites y la naturaleza de la mimesis, que es el objetivo de toda creación poética: una imitación de aquella realidad (que también es objeto de la Historia), pero hecha por medios artísticos y bajo la ley de la verosimilitud” (Mainer, 2008 p. 83). Sobre la concepción de mimesis, Ankersmit expone que Ernst Gombrich y Arthur Danto plantean la concepción de “sustitución” más que mimesis, ya que en definitiva la imitación es copiar completamente la imagen original, sin embargo, la sustitución implica hacerla presente, y con ello se asume un cambio. El sustituto no es igual a la imagen original.

<sup>3</sup> La base de la teoría estética de la representación, Ankersmit la expone en el subcapítulo “¿Por qué la representación? Tal como expone el autor: “A diferencia del vocabulario de la descripción y la explicación, el de la representación tiene la capacidad de explicar no sólo los detalles del pasado, sino también la manera en que estos detalles se integraron a la totalidad de la narración histórica” (Ankersmit, 2014 p. 200-201).

<sup>4</sup> Ángel Álvarez estudiando la representación histórica plantea: “La principal dificultad del término representación radica en su ubicuidad en el discurso y las prácticas socio-históricas. Más allá de su evidencia filológica –el significado original representativo entendido como la presencia de una ausencia– la estructura semántica es problemática debido a la elasticidad conceptual y su carácter excesivamente polisémico”. El autor expone que para que el término representativo pueda ser comprendido debe poseer un segundo término que le dé sentido, es así que en el caso de la “representación histórica”, su significado tiene que ver con “hacer presente lo ausente”, a través del estudio del pasado.

<sup>5</sup> Según Bolaños (2006), el concepto de representación es clave en el pensamiento postmoderno de Ankersmit, heredado del giro lingüístico que según el intelectual holandés inició Hayden White en *Metahistoria* y Jacques Derrida.

Sería lícito preguntar, ¿qué relación tiene la literatura en este análisis? Nosotros consideramos que el estudio comparativo de Ankersmit también es aplicable a la literatura porque, en definitiva, si seguimos la teoría estética de la representación, el escritor crearía su obra bajo ciertas condiciones: Primero, un universo creativo condicionado por su visión de mundo, y con ello las posibilidades de creación estarían supeditadas a la experiencia e interpretación de su realidad. En consecuencia, el escritor toma elementos de su presente y construye un relato. Cuan explícito o consciente sea la exposición de su presente es variable, y en esto radica lo realista o surrealista del relato. Pero más allá de lo anterior, no se puede desentender obra del contexto histórico del autor.

Segundo, la intencionalidad del relato está mediada por el interés del escritor por incidir en su presente, la consciencia de sí mismo en su entorno y de su propia historia<sup>6</sup>, constituyendo un aspecto vital para situar la obra dentro del contexto personal del autor, pero también para comprender mejor el discurso subyacente a la obra literaria<sup>7</sup>, ya que aspectos como la moral, las relaciones de poder que el autor considera aceptables (Van Dijk, 2009) y las prácticas sociales naturalizadas se ven impresas en la obra, tanto en la construcción de personajes, como también en el argumento principal. Son cruciales los monólogos y los diálogos por su carácter de enlaces directos al imaginario del autor, más allá que el personaje sea diametralmente opuesto a la personalidad del escritor, e inclusive de una clase social distinta. El escritor construye el personaje desde la *concepción* que tiene de dicho personaje, es decir, si el personaje es un profesor y es temerario o ultraconservador, quien crea lo perfila como él cree que sería un profesor, y cuáles son las características que él cree propias de un docente.

Sin embargo, en nuestra comparación entre la literatura y la historia, ¿qué rol cabe a la imaginación? Pues claro, si el escritor construye un relato y sus personajes, el rol de la imaginación literaria está presente por más que exista una aspiración a exponer una realidad sin ficción, completamente desprovista de creación. A pesar de esto, no aleja a la literatura del análisis que hemos realizado con base en Ankersmit (2014), ya que el historiador cuando elabora una propuesta de pasado recurre a la imaginación histórica<sup>8</sup>, con la cual recrea como hubiera sido tal o cual acontecimiento haciéndolo inteligible en la narración historiográfica (Bolaños, 2001).

En conclusión, tanto historiador como escritor buscan representar una realidad, la cual narran. Inclusive el carácter narrativo es otro punto de unión entre la historiografía y la literatura<sup>9</sup>. Este aspecto responde más bien a otra discusión, en la cual no profundizaremos por alejarse de nuestro foco de análisis. Enfocándonos en el segundo punto referido a la posibilidad de que la literatura pueda ser una fuente histórica (Lanzuela, 2000), ya hemos abierto camino a concebir la literatura más allá de la mera creación, estableciendo nexos entre obra, autor y presente del autor. Esto se hacía necesario porque la literatura desde el punto de vista metodológico y epistemológico

---

<sup>6</sup> Un ejemplo de este aspecto es el estudio de caso sobre Manuel Mejía Vallejo, y cómo él ve la crisis política y social en su país. Es bastante decidor lo planteado por el autor: "En su obra Mejía vallejo narra la violencia de su entorno, de su época histórica, cuestiona las voces de sus coterráneos para tratar de comprender el sentido que tenía esa violencia, muestra a los héroes y villanos, y el papel que cada uno jugaba en el entorno; el efecto de la violencia en las emociones humanas de los personajes de su narrativa (...)" (López, 2016 p. 35-36)

<sup>7</sup> Sobre el discurso del escritor, también es posible llevar a cabo un análisis de la literatura desde el análisis del discurso, que permite enfocarse no tanto en el ideario, y en los procesos hasta inconscientes en los que está inmerso el autor y su obra, sino concebir la obra literaria como un discurso por sí mismo. Un autor clave en el análisis del discurso es Teun Van Dijk.

<sup>8</sup> Para entender el concepto de imaginación histórica, es fundamental el trabajo de Hayden White (1992) *Metahistoria*. En la introducción de su obra magna define los conceptos bajo los que trabajará el pensamiento de Nietzsche, Marx, Croce y otros. White refiere a las tácticas narrativas que usan los historiadores para llevar a cabo la construcción del relato histórico.

<sup>9</sup> Resulta de particular interés el trabajo de Leonardo Órdenes sobre la narratividad en la literatura y en la historia. Su análisis incluye los autores que hemos citado como Danto, Ankersmit y White. Sin embargo, incluye a Reinhart Koselleck, y hermeneutas como Hans-Georg Gadamer. Si bien es cierto hemos optado por la teoría estética de la representación de Ankersmit, también es posible utilizar la hermenéutica para analizar la literatura. Un autor clave de esa escuela es Paul Ricoeur.

posee una serie de desafíos que todo historiador debe tener en consideración si desea incluir este tipo de documentos como fuentes históricas.

El primer desafío es que si bien es cierto la obra literaria tiene un enlace con su contexto, la ficción crea una barrera de distorsión que difumina la realidad del autor. Pues claro, el fin de la literatura no es aspirar a la verdad, ni llevar a cabo una comprensión reflexiva del pasado y el presente del autor, sino narrar una historia inventada por el escritor<sup>10</sup>. Por lo que el desafío consiste en entender la obra literaria no como una construcción discursiva de cómo entender el pasado –e inclusive el presente-, mediado por una metodología y un enfoque epistemológico determinado, como es el caso de la historiografía, ni tampoco como una creación absolutamente independiente de su contexto, sino un documento que es el reflejo del autor y su época<sup>11</sup>.

El segundo desafío, consecutivo al anterior, consiste en deconstruir la obra, desprendiéndola de todos los elementos creativos, que si bien es cierto pueden ser productos de una realidad concreta, no son parte explícita de esa realidad. Por ejemplo, un personaje puede representar al campesinado chileno, y la construcción del mismo personaje puede ser reflejo de lo que el autor consideraba propio de un campesino, sin embargo, no necesariamente ese campesino representado vivió. El proceso de deconstrucción, en este sentido, nos permite ahondar en el imaginario del autor y la lectura que él tenía de su presente, y no en la búsqueda de la historicidad de un personaje completo, más allá de que la obra se sitúe desde la novela histórica (Acosta, 2005; Perdomo, 2014) tomando personajes históricos para construir su relato.

En definitiva, la deconstrucción nos permite sacar a la luz el imaginario y el presente del autor, procesos y conflictos de la época, pero no el despliegue histórico de las vidas de los personajes, hayan existido o no, porque en definitiva la *concepción* a la cual el historiador debe acercarse a las obras literarias no es hacia la obra como fin último, sino como un medio a través del cual, la producción literaria permitirá conocer al autor y su contexto. Concluyendo, la teoría estética de la representación de Ankersmit nos abre la puerta a concebir las disciplinas artísticas -y la propia historiografía- como propuestas de visión del pasado y el presente. En el caso específico de la literatura esto implica que crea dentro de un universo de sentido, mediado por una ideología, y por el contexto político, social, económico e histórico en la cual está inserta. La obra literaria sería en definitiva una parte de una realidad.

Al establecer el nexo entre realidad y literatura, estaría justificado su uso como fuente histórica, sin embargo hemos advertido las dificultades y desafíos que su uso implica, puesto que a diferencia de otros documentos como archivos judiciales o folletines, de los cuales se puede extraer información implícita y explícita por su carácter directamente referencial, la obra literaria puede aportar como fuente a la caracterización de los imaginarios, las tensiones sociales, las percepciones de sectores de la población, y un abanico de perspectivas generales y colectivas sobre problemáticas históricas, que tal vez fuentes oficiales del Estado no podrían aportar.

Otro aspecto señalado y expuesto es que la obra literaria permite establecer un perfil no sólo de la época, sino del autor. Desde el punto de vista metodológico, el análisis crítico de la

---

<sup>10</sup> Una opinión alternativa a la que hemos expuesto se puede apreciar en el artículo de Rubén Dellarciprete (2013), el cual plantea que la literatura sí puede aspirar a la verdad. Si bien es cierto compartimos la defensa de Frederic Jameson que lleva a cabo el autor, el cual plantea que no se puede concebirse un discurso literario o historiográfico ajeno a su contexto, creemos que no es razón suficiente para justificar la equiparidad, en cuanto a la problemática de la verdad, en la literatura y la historia. Como ya hemos expuesto, la literatura no tiene como fin la verdad, y la historiografía para representar el pasado se vale de una base teórica y metodológica, que en la literatura no está presente.

<sup>11</sup> Otro trabajo que vincula producción literaria y pensamiento político es el estudio de Eliseo Lara (2014) sobre la narrativa anarquista en Chile durante el siglo XX. Una de sus principales tesis es que el anarquismo habría perfilado una propuesta estética en la narrativa dotándola de particularidad, respecto a otras propuestas narrativas desde ideologías distintas.

fuente que se realiza con las memorias o las autobiografías, es muy similar al trabajo con la literatura. La pluma del autor y su ideología condicionan la percepción de los imaginarios, pero no por ello la deja de enriquecer, todo lo contrario, permite aportar al análisis el estudio del autor como sujeto que media entre la realidad y la producción literaria. El corpus de trabajos que han estudiado la problemática se puede dividir en dos grandes grupos: los referidos a la vinculación entre literatura e historia, específicamente los que ponen de manifiesto el uso de la literatura como fuente histórica, como María Lanzuela que utiliza la producción literaria de Benito Pérez Galdós como fuente para el estudio de la generación del 68 en España (Lanzuela, 2000).

También trabajos que recalcan la vinculación entre ideología y literatura, permitiendo un análisis no sólo doctrinario y literario, sino también histórico al vincular la propaganda ideológica a través del arte, o cómo el arte de por sí expresa ideología, como fue el caso de los escritores José Santos González Vera y Manuel Rojas, tal como los aborda Sebastián Allende (Allende, 2010), e inclusive nosotros hemos querido contribuir en esta perspectiva a través de un trabajo que trata sobre la literatura social chilena, puntualmente el análisis de las obras de los dos escritores ya mencionados, agregando a otros dos literatos que no han sido trabajados como Óscar Castro y Eugenio González (Venegas, 2016). Es así que a través de sus producciones literarias pudimos adentrarnos al análisis crítico que realizaban a la sociedad de su época, tanto desde la experiencia misma, como de una visión desde el otro, siendo los cuatro adherentes a una visión ideológica ácrata. Se puso de manifiesto el valor que estos cuatro escritores tenían para comprender lo que ha sido denominado como la “*cuestión social*”, que impactó la sociedad chilena durante la primera mitad del siglo XX.

Esta inquietud por utilizar la literatura, e inclusive la poesía como fuente, tenía una amplia trayectoria, tal como se puede apreciar en nuestra tesis de Licenciatura en Historia (Venegas, 2013), en la cual nos propusimos utilizar como fuente las elegías, yambos, tetrámetros, y otros tipos de poesías para estudiar los grandes procesos de crisis que se dieron a lugar, a fines del período arcaico en la Grecia antigua, con el fin del sinecismo, y el inicio del proceso democratizador iniciado por Solón el reformador en Atenas, que influyó en parte de la Hélade. También ha contribuido al estudio de la militancia y la actividad literaria el historiador Sergio Grez, el que ha analizado la trayectoria política del escritor González Vera, en el cual torna al autor y obra en objeto y sujeto de historia (Grez, 2013), poniendo de manifiesto los elementos que más resaltaban en los primeros trabajos del escritor ácrata, como la crítica a la autoridad y a la sociedad conservadora, hacia trabajos en los que pone de manifiesto la organización obrera, y los conflictos entre trabajadores y empresarios.

Del segundo grupo, están circunscritos los trabajos que estudian la producción literaria de Ñuble, de los cuales hay poquísimos estudios, y sin embargo de gran valor, que han contribuido a aumentar el interés por el estudio de los escritores del Itata, completamente olvidados por los amplísimos trabajos que buscan hacer una historia de la literatura chilena, relegando a los escritores provincianos, y situando a los *grandes escritores* y autores santiaguinos a un sitial de honor. Quienes se han dedicado al estudio de todo lo escrito sobre y desde Ñuble, abordando la historiografía como el profesor Armando Cartes (2014), estudiando a los escritores del Itata como el profesor Fernando Arriagada (Cartes, 2015), y desde las crónicas como el historiador Alejandro Witker (, 2002).

Sin bien es cierto, los trabajos que se han abordado desde esta perspectiva no son tan específicos como quisiéramos en función de esta investigación, reconocemos el aporte documental que realizan por la difícil tarea que implica. En este sentido, no lo vemos como algo cuestionable, sino más bien como una posibilidad de ahondar en los autores que mencionan estos trabajos. En el caso del estudio del profesor Cartes, consideramos que su revisión de la historiografía referida a Ñuble permite ir comprendiendo el avance de las disciplinas humanistas en la zona, que muchas veces difuminan el límite entre historiografía y literatura. No así con el trabajo de Witker, el que permite formar un panorama muy general de la cultura, a través de las crónicas

que abordan desde los payadores hasta los escritores, en donde dedica un subcapítulo a Manuel Ortiz.

En el trabajo de Arriagada es donde existe una mayor referencia a los escritores de la zona, sin perjuicio que no profundiza en sus trayectorias personales, ni tampoco en las repercusiones que tenían las obras en las ciudades y pueblos en que vivían. Sin embargo, consideramos que muchos datos biográficos que aporta Arriagada, contribuyen a ir caracterizando a los escritores, en este caso Manuel Ortiz. Para nuestro trabajo hemos definido como pregunta de investigación ¿habrían sido las pugnas entre los nativos y los extranjeros en la obra *la* representación del conflicto liberal/radical-conservador que se dio a lugar durante la primera mitad del siglo XX? Como hipótesis para responder a la pregunta de investigación plantearemos que el conflicto entre nativos y extranjeros, que se relata en la obra literaria, sería la representación de dos formas de entender la sociedad, entrando en pugna los ideales de tradición y progreso, siendo homologables los conflictos a nivel macro que se daban entre conservadores y liberales.

Como objetivo general definiremos: Comprender los conflictos entre dos visiones de sociedad en el espacio local, y cómo éstos son reflejos de las pugnas en la *concepción* de una construcción de país. Como objetivos específicos consignaremos: Identificar los grupos sociales que están en pugna en el pueblo, caracterizando sus particularidades y elementos que los definen política e ideológicamente. Vincular los grupos antagónicos del pueblo con las pugnas políticas a nivel nacional, que debaten como construir una sociedad en Chile. Para llevar a cabo nuestra investigación, y al utilizar como fuente una obra literaria, hemos optado por llevar a cabo una metodología mixta que incluya elementos del análisis de contenido, a través de categorías de análisis, y la hermenéutica, tan necesaria para trabajar literatura, y extraer los elementos que nos permitan ir caracterizando a los personajes de la obra, intentando recrear los imaginarios que se expresan en el pueblo representado por el autor.

Las categorías de análisis que hemos definido para trabajar la obra son dos: nativo/extranjero y caracterización ideológica. La justificación de la adopción de estas dos categorías es que ambas nos permitirán ante todo caracterizar los bandos en disputa, sus integrantes, y poder comprobar si la disputa se debía a visiones antagónicas de la sociedad y los problemas locales, o más bien a rencillas personales. Esto lo complementaremos con la hermenéutica, con la cual buscaremos deconstruir la representación literaria y ahondar en el trasfondo de la creación en sí, buscando desentramar el conflicto subyacente, en el cual el autor estaba inmerso. Para ello buscaremos vincular autor y obra, e intentar establecer una conexión entre la vida personal del autor con el mensaje que intentó expresar en su escrito.

## **El conflicto liberal-conservador y su despliegue histórico**

Los primeros años del siglo XX –cuando fue escrita la obra- fue la época en la que se dieron a lugar una serie de problemáticas políticas y sociales que explicaron el despliegue histórico de las décadas posteriores. Conflictos como la *cuestión social*, el *parlamentarismo* y su crisis, la separación de la Iglesia con el Estado, y los primeros pasos del movimiento obrero son ejemplos de lo anterior. También hubo conflictos al interior del sistema de partidos, llegando algunos inclusive a conflictos al interior del Estado como fue el derrocamiento de José Manuel Balmaceda en 1891, que enfrentó a adeptos del presidente en funciones, con el Congreso. Sin embargo, a pesar de que la fundación del Partido Radical en 1863, y posteriormente el surgimiento del Partido Demócrata en 1887 diversificó –y tensó- el espectro político, los constantes choques entre liberales y conservadores fueron los protagonistas durante las primeras décadas de vida republicana<sup>12</sup>, hasta la consolidación de los partidos políticos populares (Jaksic, 2006)<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> El profesor Armando Cartes (2014), al analizar el proceso independentista y las primeras décadas de la República, analiza las tensiones del primer liberalismo, que se dividió principalmente en dos: el británico, que se

Pues claro, cabe hacer una precisión: los conflictos entre liberales y conservadores no necesariamente estuvieron representados en las disputas entre dos colectividades. Esto explica que existiesen personas conservadoras en el Partido Liberal –y otros partidos con nombre liberal-, y que existiesen liberales fuera de ese mismo partido, tal como fueron el *Partido Radical* y el *Partido Demócrata*. Es por esto que más que un conflicto entre organizaciones, fue una disputa entre ideales de progreso y tradición, laicismo y confesionalidad, democracia y autoritarismo, en definitiva, dos ideales de sociedad. Elementos que fueron transversales en el sistema de partidos.

Sin embargo, ¿cuáles son los orígenes de este conflicto? Tienen lugar desde los primeros años de la República, con la existencia de dos bandos: pipiols y pelucones (Valdés, 2015), que posteriormente pasarían a ser liberales y conservadores. Éstos últimos casi dominaron el siglo XIX con los *decenios*, que fueron gobiernos de diez años –cuatro presidentes que alcanzaron la reelección-, en los cuales, Constitución de 1833 mediante, llevaron a cabo medidas y defendieron políticas que fueron muy cuestionadas por los sectores liberales, principalmente la defensa hacia una estrecha relación entre el Estado y la Iglesia Católica, como también un estilo de gobierno autoritario.

La *cuestión del sacristán* en 1856, lejos de ser un simple episodio al interior de la Iglesia, trascendió a altas esferas de gobierno (Jaksic y Serrano, 2010). Este hecho es quizás el más decidor sobre las pugnas entre estos dos grupos políticos, defendiendo los conservadores la autonomía de decisiones del Arzobispado respecto a las autoridades civiles; y los liberales defendiendo la potestad del gobierno sobre la Iglesia. En definitiva, lo que estaba en juego era el rol y preponderancia de la Iglesia Católica sobre el gobierno, y la sociedad civil en general.

Con este conflicto se polarizó el sistema de partidos, y se reinstaló la discusión sobre leyes laicas, que abarcaban desde leyes referidas al matrimonio como a la educación (Correa, 2008). También es necesario agregar que el posicionamiento en el liberalismo o el conservadurismo no respondía necesariamente a la militancia, tal como hemos planteado previamente, y este conflicto fue ejemplo de ello, puesto que miembros del Partido Liberal apoyaban al Arzobispo de Santiago, como también fue un ministro conservador –Abdón Cifuentes- quien impulsó la educación laica<sup>14</sup>, medida combatida por la Iglesia y los conservadores (Jaksic, 2006).

Este tipo de disputas llevó a la destitución del rector del Instituto Nacional, Diego Barros Arana, quien defendía la educación laica y estatal, en contraposición de la educación privada, que en esa época estaba en manos de las parroquias y congregaciones católicas (Jaksic, 2006). Esta disputa entre lo laico y lo religioso se dio durante el siglo XIX, e inclusive en el siglo XX, durante la primera mitad, teniendo diversa gradualidad<sup>15</sup> y motivos de conflicto. Es así como la disputa entre liberalismo y conservadurismo partió con leyes laicas –cementeros, registro, matrimonios y

---

caracterizaba por limitar el poder del Estado, y la concepción de la *mano invisible*; y por otro lado, el francés, que concebía al Estado como un ente modernizador y rector de la sociedad, que tendría como misión servir al orden público. Sin embargo, el autor advierte que existe otro liberalismo, el español, que si bien es cierto adoptó aportes franceses y británicos, se basó en la confluencia de la neoescolástica, el pactismo, el iusnaturalismo y el historicismo nacionalista, que unidos se habrían representado en la Carta de Cádiz en 1812. Documento de gran influencia a los patriotas chilenos. .

<sup>13</sup> Iván Jaksic plantea que el consenso liberal atenuó el presidencialismo de la Constitución de 1925, y permitió un pluripartidismo, que abrió las posibilidades de ingreso de nuevas colectividades, específicamente las marxistas, al Congreso.

<sup>14</sup> Jaksic y Serrano refieren al concepto de “conservadurismo liberal”, que se define por: “(...) de matriz ilustrada, le otorgaba al conocimiento y a la educación un sentido transformador y utilitario que llevó al gobierno a consolidar el espacio de la República de las Letras y un debate político que encontró su cauce en la prensa y el parlamento” (Jaksic y Serrano, 2010 p. 75).

<sup>15</sup> Sobre las gradualidades del liberalismo, el historiador Eduardo Cavieres (2001) plantea que es necesario precisar tres conceptos que suelen confundirse: Estado liberal, liberalismo y liberalización. Es así que plantea que existieron grupos de las élites chilenas que, efectivamente, suscribieron al ideario liberal europeo, y que su influencia explicó el paso de una aristocracia que buscó ser ciudadana.



educación-, posteriormente con mutuales y organizaciones sindicales –como las leyes laborales-, y hasta con derechos civiles y políticos –como el ingreso de mujeres a la Universidad y el derecho a voto de la mujer- (Cavieres, 2001).

Si bien es cierto uno de los ejes centrales entre la dicotomía liberalismo-conservadurismo fue la religión<sup>16</sup> (Serrano, 2008) aspectos como la *concepción* del régimen de gobierno, e inclusive las formas de entender los espacios y los roles de cada individuo fueron otros puntos sobre los cuales hubo divergencias<sup>17</sup> modelando a cada tendencia, sin perjuicio de existir contradicciones y gradualidades. Las principales contradicciones y gradualidades, en el caso conservador, se dio con el surgimiento de ideas socialcristianas, a través de la Doctrina Social de la Iglesia que, haciendo eco con las ideas sociales, quisieron levantar una propuesta desde la iglesia para el emergente movimiento obrero en Chile, intentando contener el avance de ideas socialistas y comunistas – específicamente el marxismo- en el mundo y en Chile (Jaksic y Serrano, 2010).

Es así que los socialcristianos disputaron palmo a palmo los espacios de organización popular, fundando mutuales, sindicatos, e instituciones de educación popular. Evidentemente, su postura los hacía enemistarse con el tronco central del conservadurismo, que no veía con buenos ojos el acercamiento al mundo popular, e inclusive las críticas que muchas veces este grupo nuevo hacia de la Iglesia Católica, aunque más bien de personeros puntuales de la iglesia, que eran los adalides de un orden oligárquico. Esta inquietud por los problemas sociales, los llevo a fundar organizaciones en el seno del Partido Conservador, e inclusive afuera de él, captando la atención de los trabajadores que, a pesar de las distancias con las cúpulas de la iglesia, los latifundistas y los grandes empresarios, no dejaban de ser católicos.

En este sentido, uno de los puntos en común entre militantes conservadores y socialcristianos siempre fue la incidencia de la iglesia en las organizaciones políticas<sup>18</sup> (Valdés, 2015). Esto explica que uno de los precursores de estas ideas de avanzada al interior del conservadurismo haya sido el sacerdote Fernando Vives<sup>19</sup>, quien finalmente se desligó de ese partido. Los conflictos al interior del conservadurismo durante la primera mitad del siglo XX, abrieron paso a la escisión del tronco central, que si bien es cierto podría interpretarse como un quiebre generacional entre el partido y la juventud, también había un componente doctrinario que explico el quiebre. Pues claro, la Juventud Conservadora se fue sintiendo menos interpretada por las directrices de las cúpulas partidarias, y buscó acercar la organización a los sectores marginados de la sociedad, cuya tensión eclosionó en

---

<sup>16</sup> Es interesante la perspectiva que expone la historiadora Sol Serrano (2008) sobre la religiosidad y el proceso de secularización, que traía de trasfondo el conflicto entre liberalismo y conservadurismo. A propósito del incendio de la iglesia de la Compañía de Jesús, la visión que los liberales regalistas tenían sobre la religión es decidor, ya que concebían a las mujeres devotas como manipulables a los caprichos del sacerdote, y los feligreses como supersticiosos.

<sup>17</sup> Sobre el particular, Jaksic y Serrano citan al liberal Fanor Velasco, quien describe el panorama político de 1871: “[En Chile sólo había dos partidos] uno que trabaja por el progreso en todas las esferas de su actividad y por la libertad en todas sus manifestaciones, y otro que vive de los recuerdos del pasado, mirando con disgusto cuánto se aparta de las vías señaladas por una antigua tradición.”

<sup>18</sup> Inclusive como expone Valdés “La estrecha relación Iglesia – partido Conservador se observaba también en el Manual de teología pastoral, publicado por Tomás Velis en 1919. De acuerdo a este documento, si bien los clérigos no debían hablar en público ni en las iglesias de política, en su parroquia debían tratar de que los feligreses fuesen todos unidos en las campañas electorales, siguiendo las instrucciones del Partido Conservador” (Valdés, 2015 p42).

<sup>19</sup> Refiriéndose a la Democracia Cristiana: “Los orígenes lejanos de esta colectividad política habría que buscarlos, en un plano puramente doctrinario, en las ideas socialcristianas que, después de la aparición de la Encíclica ‘Rerum Novarum’, empezaron a agitar, a comienzos de siglo, a los sectores católicos del país, tanto los integrados en el Partido Conservador como los que permanecían al margen de él. Los nombres de don Juan Enrique Concha, Luis Pizarro Espoz y Emilio Tizzoni, sobresalen entre los conservadores que lucharon por la difusión de los principios socialcristianos (...) sacerdotes como los jesuitas Vives y Fernández Pradel, y escritores como Bartolomé Palacios, destacáronse, también en el quehacer de propagar esos principios”.

la década de los treinta, cuando la Juventud se resistió a apoyar a Gustavo Ross, el candidato de la coalición conservadora-liberal (Guilisasti, 1964).

En definitiva, el impacto de la Encíclica *Rerum Novarum*<sup>20</sup> y las ideas socialcristianas tensó el conservadurismo chileno, ampliando su horizonte, y provocando una escisión después. Pero no fue hasta el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) y su *Congreso Termal*, en donde el Partido Conservador se quebró definitivamente<sup>21</sup> (Brahm, 2016), abriendo camino a la constitución de una nueva colectividad socialcristiana, separada del viejo tronco conservador. En el caso del liberalismo, es más complejo por el hecho de que existían muchos liberales no afiliados al Partido Liberal, e inclusive otras colectividades liberales (Valdés, 2015). Si bien es cierto el conservadurismo en gran parte podría asociarse completamente al Partido Conservador, en el caso del liberalismo no es tan así.

Las razones giran en torno a que las concepciones sobre *lo conservador* implican una defensa de la tradición, reticencia a los cambios y postura confesional. Ese es el piso común que define al conservadurismo, pero con el liberalismo es distinto. Hay muchísimas nociones de que se entiende por tal, que van desde el liberalismo económico –capitalismo-, la defensa de libertades civiles –ampliación de la democracia-, y la construcción de una sociedad secular –laicismo-, siendo todas ellas aristas de *lo liberal*. Es así que muchas colectividades toman algunos elementos –o todos- y pueden situarse dentro del espectro liberal en determinadas coyunturas históricas, no obstante, durante el siglo XX hay dos aspectos que definen claramente a un liberal: defensa del Estado de derecho –y la separación de poderes-, y la liberalización económica –sistema económico capitalista-.

Pero el camino para llegar a esa identificación, que termina por circunscribir al liberalismo con el Partido Liberal fue lento y progresivo. En gran parte estuvo condicionado por la adopción de diversas doctrinas en colectividades, que otrora fueran liberales o surgidas en el seno liberal, como el Partido Radical y la adopción de un ideario socialdemócrata, y el Partido Demócrata con la influencia de ideas socialistas. Es así que el Partido Radical, por ejemplo, surge de un ala “*radicalizada*” del Partido Liberal, y a su vez, el Partido Demócrata nace en un ala del Partido Radical. Liberalismo democrático o liberalismo popular, ambos pertenecían al gran tronco liberal. Todo esto permite entender que a comienzos del siglo XX definirse liberal<sup>22</sup> tuviese un significado muchísimo más laxo que definirse conservador. Similar caso se dio con definirse *comunista* o *socialista* (Jaksic y Serrano, 2010).

En conclusión, es lícito plantear que el conflicto entre liberalismo y conservadurismo no fue exclusivamente entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, sino entre dos formas de concebir

<sup>20</sup> Valdés plantea, muy en sintonía con Enrique Brahm, que el socialcristianismo influido por la Encíclica *Rerum Novarum* recién llegó diez años después (1901) de publicado el documento papal (1891), y que fue consignado por el Partido Conservador ese año, al definirse socialcristiano, siendo sus principales promotores Francisco de Borja y Juan Concha.

<sup>21</sup> Sofía Correa señala: “sólo al comenzar la década de 1930, cuando la intervención de los militares había arremetido en medio del conflicto político, y cuando las corrientes socialistas adquirieron relevancia, la elite tradicional fue desafiada en su manejo indisputado del poder” (Valdés, 2015 p. 43)

<sup>22</sup> Otro elemento que complejiza aún más el asunto, es lo que plantea Jaksic y Serrano (2010): “El ideario liberal tuvo éxito y fue compartido por la gran mayoría de los sectores políticos dadas las características del país: pequeño y homogéneo, sin grandes diferencias regionales, y en el que el Estado centralizador borbónico había propiciado la modesta prosperidad de una de las colonias más remotas del imperio”. Consideramos que es necesario matizar, y complejizar aún más el análisis. Suscribimos en el hecho de que ciertos elementos del ideario liberal primigenio fueron suscritos por amplios sectores de la sociedad como, por ejemplo, la aceptación de un camino independentista, la separación de los poderes, la República, como también décadas más tarde, ciertas leyes laicas, lo que implicaría que sectores conservadores adoptaron ideas liberales. Pero no son razón suficiente para plantear que al ser Chile un país pequeño, es necesariamente homogéneo, todo lo contrario, la aceptación de ciertos rasgos del ideario liberal no estaba mediada por homogeneidad, sino por la amplitud y laxitud de lo que se entendía por liberal.

la sociedad y una posible construcción futura. Estas dos visiones antitéticas explicaron el desarrollo político de gran parte del siglo XIX y comienzos del XX, sólo puesto en tela de juicio por el impulso cada vez más creciente de las "ideas de redención social", a saber: socialismo y comunismo. Sumado a lo anterior, más allá de coyunturas políticas específicas, hasta el ascenso del movimiento obrero, el liberalismo representó el ideal de progreso, de sociedad laica y de reformismo social, mientras que el conservadurismo representó lo opuesto: la tradición, lo confesional y lo reaccionario como pilares de una sociedad, y tanto en las ciudades como en los campos esta lucha se vio representada en diversas figuras representativas de los espacios, específicamente en la provincia, en donde el párroco representaba las ideas conservadoras, y el púlpito no sólo era funcional a las funciones pastorales, sino también era útil a la propagación de ideas conservadoras de la iglesia y del Partido Conservador; mientras que el profesor de escuela representaba las ideas liberales, reformistas y progresistas<sup>23</sup>. En este punto, la descripción de Fanor Velasco en 1871, siguió teniendo plena vigencia hacia el primer cuarto de siglo XX, sobre todo en las provincias (Martinic, 2010).

### **Chile en el cambio de siglo, una sociedad en crisis: crítica social y cultura**

A raíz del aniversario de los 100 años de vida independiente y republicana, se organizaron múltiples fiestas, siendo las más importantes –y con mayor inversión- las organizadas en Santiago, la capital de Chile. Era evidente y necesario el balance de todo lo realizado. Entre autocomplacientes y autoflagelantes, entre triunfalistas y pesimistas, el país tenía a su haber dos guerras ganadas, posicionándose como un país líder en la región; múltiples guerras civiles –en 1910 habían pasado 19 años desde la guerra que derrocó al presidente José Manuel Balmaceda- con resultados que no lograron desestabilizar la República; con un desarrollo cultural pujante y reconocimiento internacional –en definitiva, europeo-.

Pero no todo fue congratulaciones, hubo voces críticas y mordaces que vieron que en cien años de vida independiente el país había perdido su impulso libertario y se había abierto paso a una descomposición moral absoluta. La corrupción emanada del parlamentarismo, la cuestión social, la influencia de capitales extranjeros, y el afrancesamiento de la oligarquía chilena fueron algunos blancos de ataque. Es así que la denominada *crisis del centenario* tuvo como principales voceros a Enrique Mac-Iver, Vicente Huidobro, Luis Emilio Recabarren, Nicolás Palacios, Francisco Antonio Encina y el más interesante de todos –por su contenido y por las repercusiones de la obra- Alejandro Venegas alias Dr. J. Valdés Cange<sup>24</sup> (Molina, 1939). Comentaremos algunas obras de interés.

---

<sup>23</sup> Sobre esta relación opuesta, es ejemplar la discusión con motivo de la aprobación de recursos para educación, en la cual se enfrentó el diputado por Chillán Ambrosio Rodríguez –profesor del Instituto Nacional y miembro del Partido Liberal- con el diputado por Linares Julio Zegers, y por el diputado por Maipo Carlos Walker Martínez –ambos conservadores-: "el Diputado por Chillán, don Ambrosio Rodríguez Ojeda, Profesor del Instituto, provocó una interpelación ante la Cámara, lo que fue respondido en forma violenta por el Diputado por Linares, don Julio Zegers, cuyo discurso fue '... un ataque tan inoportuno como violento contra las instituciones religiosas, contra la educación cristiana y contra el partido conservador'. Debido a ello respondió el diputado Walker planteando cómo los conservadores y la Iglesia habían sido objeto de ataques ignominiosos por parte de los liberales a través del tiempo. La intervención fue una férrea defensa de la Iglesia como institución y de los principios morales que representaba la institución en una sociedad eminentemente católica" (Martinic, 2010 p. 129)

<sup>24</sup> La autoría se protegió a través de su alias. Inclusive, con las posteriores indagaciones, se pensó que los autores eran dos: Alejandro Venegas y Enrique Molina, tal como señala el mismo rector penquista: "¿Quién era este audaz doctor Valdés Cange? Escudriñándose apasionadamente en los archivos, los férvidos buscadores llegaron a la conclusión de que tal doctor no existía y el nombre era un seudónimo. Se buscó en él un anagrama y se dio con la buena pista. El autor no podía ser otro que Alejandro Venegas y debía haber escrito el libro en colaboración conmigo. Se sustentó esta falsa opinión, que se mantuvo por varios meses, en conocimiento de nuestra amistad, de nuestra constante cooperación en materias educacionales y en la idea de que una obra de tan vasta información habría requerido el trabajo de más de una persona" (Molina, 1939 p. 64).

Enrique Mac-Iver en su discurso titulado *Discurso sobre la crisis moral de la República* pronunciado en el Ateneo de Santiago en 1900 planteaba que existía una descomposición –o mal- social en la sociedad chilena (Mac-Iver, 1900 p. 15), la intelectualidad que había enorgullecido al país en el siglo XIX no poseía un recambio generacional, la migración campo-ciudad producto del bandolerismo rural, un sentimiento generalizado de descontento y apatía, y que todo tendría como base la falta de moralidad pública<sup>25</sup>, que Mac-Iver entiende por tal a la irresponsabilidad política de no cumplimiento del deber, por parte de los magistrados y los poderes públicos, en definitiva, la irresponsabilidad, ineficacia e ineptitud de los poderes del Estado (Molina, 1939).

Si bien es cierto, el político radical hace referencias a la corrupción como un mal endémico y transversal, él la circunscribe dentro de lo que denomina *moralidad subalterna* (Molina, 1939), y considera que será la historia quien evaluará mejor, y podrá juzgar si es necesario, acción que él no se permite. El juicio de Mac-Iver es particular, por el hecho de que era uno de los principales líderes del Partido Radical, activo opositor a Balmaceda, y miembro de la Junta de Gobierno que le sucedió. Es en definitiva su historia reciente lo que él cuestiona, en donde participó activamente. Además, él pertenecía a grupos de alto prestigio social, por lo que las reacciones a su escrito no fueron lapidarias, como sí ocurrió en otros casos, específicamente los que no tenían militancia –como Venegas- o muy marginal –como Huidobro-.

El escrito de Alejandro Venegas titulado *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* utilizó la forma de cartas dirigidas al político Ramón Barros Luco –candidato presidencial de esa época-, las cuales están divididas en los males que tiene la sociedad por aspecto –social, político, administrativo, educacional, etc.-, y las consiguientes reformas que propone a los males. De todos los trabajos críticos sobre el centenario, el de Venegas es lejos el más punzante, no sólo por su contenido y agudo análisis, sino también por su duro verbalismo<sup>26</sup>, que dividió a los lectores encontrando a furibundos opositores y apoyos como los de su amigo Enrique Molina (Céspedes, 2012).

El texto de Venegas, básicamente plantea que Chile se ha corrompido por la riqueza del salitre y el cambio del papel moneda, problemas agrícolas graves, la desigualdad social abismante<sup>27</sup>, la incapacidad industrial, y paupérrimo estado de la educación nacional –particularmente la primaria<sup>28</sup>- que intenta sobrevivir con escasos recursos, y sin una perspectiva que una a la

<sup>25</sup> “En mi concepto, no son pocos los factores que han conducido al país al estado en que se encuentra; pero sobre todos me parece que predomina uno hácia (sic) el cual quiero llamar la atención i (sic) que es probablemente el que ménos (sic) se vé i (sic) el que más labora, el que ménos (sic) escapa a la voluntad i el más difícil de suprimir. Me refiero ¿por qué no decirlo bien alto? A nuestra falta de moralidad pública; si, la falta de moralidad pública que otros podían llamar la inmoralidad pública” (Molina, 1939 p. 14-15).

<sup>26</sup> “Talvez (sic) en nada es más elástica la moral que en las acciones de carácter político; puede un hombre ser mui (sic) probo en su vida privada i(sic) en sus asuntos comerciales, i(sic) sin embargo permitirse libertades en política que en otro orden (sic) de cosas él mismo no se tomaría, ni toleraría en los demás. La política es ocasionada a mentiras, engaños, infidencias i(sic) muchos otros jéneros (sic) de acciones inmorales; por eso los hombres que asumen la responsabilidad de directores de pueblos, deben estar fortalecidos por un caudal mui (sic) grande de virtudes i(sic) en particular de patriotismo, que los apoyen para no resbalar” (Valdés, 1910 p.41-42).

<sup>27</sup> “(...) los que nos gobiernan, nacidos por lo común en la opulencia, educados léjos (sic) del pueblo, en establecimientos en que se rinde pleito homenaje a su fortuna i(sic) al nombre de su familia, dedicados después a la tarea no mui difícil de acrecentar su patrimonio con el sudor ajeno, han manejado la cosa pública en la misma forma i (sic) con los mismos fines que su propia hacienda, dictando leyes para su propio i exclusivo (sic) provecho. (...) Curioso es, así mismo, que como ellos no nos ven a los de abajo, creen que a su vez no son vistos por nosotros; pero felizmente para la suerte de la patria, no hai (sic) en esto reciprocidad; el pueblo ve con admirable nitidez la codicia, las ambiciones bastardas, todos los delitos i todos los vicios de los de arriba, i la prueba está en que los sigue, los imita. Pero así como hoy (sic) es su cómplice, puede mañana ser su juez i (sic) el ejecutor de su sentencia” (Valdés, 1910 p.2-3).

<sup>28</sup> En este punto, el autor tiene experiencia, ya que se desarrolló como profesor de castellano, eso explica el grado de especificidad en el análisis del sistema educativo. Sobre el mismo señala algunos puntos de singular interés: “A nadie se le oculta que la medida mas (sic) exacta del progreso de un estado la da el grado de

educación con el desarrollo económico. Independiente de lo anterior, para Venegas el origen de todo fue la guerra del salitre y el cambio monetario<sup>29</sup> (Valdés 1910).

Otro escrito mordaz fue el *Balance Patriótico* del poeta Vicente Huidobro, en el cual no escatima en insultos y críticas a la sociedad chilena, condenando la hipocresía, la avaricia, la codicia, y la corrupción no sólo de la élite gobernante, sino también de la sociedad completa. Bastante decidor es la paráfrasis de una oración británica, que el autor aplica a Chile: "*Todo huele podrido en Chile*" (Huidobro, 1925). Ante todo, el análisis de Huidobro (1925) se basa en la desilusión, y con ello, evoca un pasado glorioso, específicamente la Independencia que dotó a Chile de prohombres desinteresados, y patriotas<sup>30</sup>, bastante distante del país que él ve. En definitiva, para el poeta no hay nada que celebrar, y sí mucho que reflexionar, porque para él, la crítica permite corregir los males, y enmendar el camino<sup>31</sup>, sin perjuicio del balance pesimista del que hace gala.

Pero el aspecto más interesante, más allá del pesimismo, y de los comentarios severos sobre la sociedad chilena, es el que el autor realza como la principal carencia de Chile, que se vincularía con la carencia de desarrollo científico e intelectual<sup>32</sup>. En conclusión, todos estos intelectuales críticos de la conmemoración del centenario de Chile, realizan un balance crítico del despliegue histórico que estaba adoptando el país, alejándolo de posiciones triunfalistas y lecturas que mostraban un éxito económico, político y social.

Tal vez la razón que explique mejor esta valoración revisionista del pasado nacional, era que en esa época se estaban dando a lugar las primeras manifestaciones de lo que ha sido denominado como *cuestión social*, es decir, la situación de desigualdad y pauperización extrema de los sectores proletarios, que en esta disputa tuvieron como principal vocero a Luis Emilio Recabarren. Los tres hacen énfasis en las condiciones miserables de vida, tanto material como intelectual y laboral, pues claro, concebían que el progreso económico debía ser democrático, en el sentido que debería llegar a todos. Sin embargo, la democratización del desarrollo se veía entrampada por la corrupción y vicios de los sectores dirigentes del país, tanto oligarcas, latifundistas como los

---

desarrollo que ha alcanzado su instrucción popular. Vamos, pues, a hacer un breve examen (sic) de la nuestra. Por dos lados diferentes se puede mirar la instrucción pública de un país, por el de su cantidad i (sic) por el de su calidad, i (sic) por ninguno de ellos creo que podamos enorgullecernos. El predominio en el Gobierno de las ideas conservadoras, ha impedido que se establezca en el país la instrucción primaria obligatoria, i (sic), como consecuencia, tenemos una proporción de analfabetos que da lástima i (sic) vergüenza al mismo tiempo, porque nos coloca en una categoría mui (sic) inferior a la de muchos estados africanos" (Valdés, 1910 p 66-67).

<sup>29</sup> "En las 'Cartas a don Pedro Montt' a que hace poco me referí (i de las cuales os envió un ejemplar por correo), dejé demostrado que la crisis moral que hoy (sic) nos sacude tuvo su orijen (sic) en un hecho económico, el papel moneda inconvertible, establecido en 1878 por las penurias del erario nacional i mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-boliviana. El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate; i (sic) como este dominaba en el Gobierno, particularmente en el Congreso, cuando las necesidades cesaron i (sic) el fisco pudo retirar sus billetes, el régimen (sic) de papel-moneda subsistió con doloso perjuicio para el resto del país" (Valdés, 1910 p. 4).

<sup>30</sup> "Hace días he visto al pueblo agrupado en torno a la estatua de O'Higgins. ¿Qué hacían esos hombres al pie del monumento?, ¿Qué esperaban?, ¿Buscaban acaso protección a la sombra del gran patriota? Tal vez creían ellos que el alma del Libertador flotaba en el aire y que de repente iba a reencarnarse en el bronce de su estatua y saltando desde lo alto del pedestal se lanzaría al galope por las calles y avenidas, dando golpes de mandoble hasta romper su espada de tanto cortar cabezas de sinvergüenzas y miserables. No valía la pena haberos libertado para que arrastrarais de este modo mi vieja patria, gritaría el Libertador" (Huidobro, 1925).

<sup>31</sup> "Decir la verdad significa amar a su pueblo y creer que aún puede levantársele y yo adoro a Chile, amo a mi patria desesperadamente, como se ama a una madre que agoniza" (Huidobro, 1925).

<sup>32</sup> "Por eso Chile no ha tenido grandes hombres, ni podrá tenerlos en muchos siglos. ¿Qué sabios ha tenido Chile?, ¿Qué teoría científica se debe a un chileno?, ¿Qué teoría filosófica ha nacido en Chile?, ¿Qué principio químico ha sido descubierto en Chile?, ¿Qué político chileno ha tenido trascendencia universal?, ¿Qué producto de fabricación chilena o qué producto del alma chileno se ha impuesto en el mundo? No recuerdo nunca en una universidad de Europa, ni en Francia, ni Alemania, ni es ningún otro país haber oído el nombre de un chileno, ni haberlo leído en ningún texto" (Huidobro, 1925).

políticos que dirigían el Estado, teniendo como criterios de acción el enriquecimiento personal, y no el bienestar general. Dentro de esto también se puede considerar la política de cúpulas de poder.

Los vicios, algunos refrendados al parlamentarismo, al conservadurismo o a la *oligarquización* de la política son atacados por los autores señalados, y a pesar de que no se refieren explícitamente a la cuestión social, sí definen sus contornos, características y responsables. En el caso de Huidobro, su crítica es visceral y transversal, en donde no deja muchas propuestas, ni tampoco deja entrever una propuesta de futuro, en ese sentido, el balance *huidobriano* responde más bien a una catarsis, que no por ello no deja de ser menos válida, pero sí con menos pistas para identificar su ideario político, más allá de una crítica social y política, que le valió enemigos y agresiones personales<sup>33</sup> (Cid, Castro, Albornoz, 2018).

Volviendo al análisis del trabajo de Venegas, consideramos que sus críticas, y particularmente sus propuestas nos dan a entender que estamos ante un hombre de ideas de avanzada, el cual concibe como ejes de desarrollo la educación, la industrialización y la democratización de la sociedad. En este punto, este trabajo es visionario, al concebir problemas y soluciones, que no sólo explotaron con la cuestión social, como la pauperización de la vida, y el analfabetismo que se vinculó con la explotación laboral, sino que se dieron a lugar décadas después, siendo muchas propuestas, demandas sentidas por los partidos populares, e inclusive por sectores mesocráticos de la sociedad, puntualmente lo referido a educación. Es ineludible que la profesión de profesor que ejercía Venegas podría tener mucho que ver con el análisis completo de la sociedad, y el dominio que se demostró en su exposición, sin embargo, sus insultos –muy recurrentes, por cierto- hicieron de este trabajo, una obra maldita. Su autor fue perseguido<sup>34</sup>, y pasó el resto de sus días en Maipú, dueño de un almacén, viviendo con familiares (Molina, 1939).

Hemos obviado otros trabajos, no tanto por su calidad, sino porque hemos querido elaborar una visión general de las principales ideas de los críticos del centenario, que más allá de ser discusiones de salón o aula, fueron muy influyentes en su época, generando particulares revuelos, específicamente el trabajo de Venegas, siendo muy comentados entre los círculos intelectuales y académicos. Si bien es cierto los trabajos de Nicolás Palacios, Enrique Molina y Luis Emilio Recabarren poseen singular valor, consideramos que los escritos que hemos comentado bastan por sí mismos, al mostrar la crítica desde lo artístico –Huidobro-, lo político –Maclver- y lo educacional –Venegas<sup>35</sup>-, gozando de gran influencia en los movimientos críticos de la sociedad, puntualmente como señala Enrique Molina, en las izquierdas, específicamente *Sinceridad*<sup>36</sup> (Molina, 1939).

---

<sup>33</sup> Los autores citando a Yanko González señalan: “En agosto de 1925 [año de publicación del *Balance Patriótico*], funda y dirige Acción. (...) Su orientación es pro-militarista progresista y juvenil, solidarizando con los sectores más desposeídos y enarbolando la bandera de la “cuestión social”. Sufre una serie de hostilidades en las cercanías de su casa al denunciar actividades ilícitas del ámbito político-administrativo” (Cid, Castro y Albornoz, 2018 p.129). Más adelante agregan comentando la cita: “Esto proviene principalmente del hecho de que Balance Patriótico representa una protesta ante una aristocracia y una clase política que no lo satisface. Entre las consecuencias de sus malas relaciones, Yanko González destaca la clausura de la revista Acción el 21 de noviembre. Sin embargo, Huidobro no da pie atrás y termina fundando otro periódico, esta vez, La reforma” (Cid, Castro y Albornoz, 2018 p.79-80).

<sup>34</sup> “En primer lugar Venegas escribió sus libros con honradez profunda. No podía esperar de ellos ninguna ventaja material ni ascensos, promociones ni honores, como que ni uno ni otras obtuvo. Peor que esto: el segundo, fuera de algunas satisfacciones morales, no le trajo más que persecuciones y amarguras” (Molina, 1939 p. 52).

<sup>35</sup> En el caso particular de Venegas, Molina señala que siendo jóvenes eran afines al Partido Radical, pero que habían optado obrar en sus vidas alejados de toda política militante, abrazándose a una postura librepensadora (Molina, 1939 p. 51).

<sup>36</sup> “Esta valiosa obra cayó poco menos que en el vacío. Escasamente se habló de ella y no se comentó en la prensa. El desesperado grito del doctor Valdés Cange no fue (sic) oído. Sin embargo, es un hecho que su espíritu obra en las actuales tendencias de izquierda” (Molina, 1939 p. 61-62)

## La literatura criollista chilena: el caso de Manuel J. Ortiz y el espacio local

El contexto cultural y literario en el que se desarrolló Manuel Ortiz estuvo condicionado por la crítica al centenario que ya hemos estudiado, y por sucesos políticos determinantes en la vida republicana y cultural: el quiebre del parlamentarismo en la década de los veinte, el régimen *ibañista* (1927-1931) y la restauración democrática –e incipiente militarización de la sociedad-. Esto es clave tenerlo en consideración, ya que la literatura que predominó fue aquella que tomó elementos de su presente y construyó un relato crítico, a través de personajes pintorescos, muchas veces autobiográficos. En este sentido, se desarrollaron múltiples tendencias artísticas, de las cuales Manuel Ortiz pudo tomar elementos para construir su propio estilo, e inclusive situándose desde una tendencia literaria (Molina, 1939).

El impulso cultural que se daba a lugar en las *Escuelas Normales*, se vio reforzado con la creación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, abriendo espacios a la creación y exposición de composiciones literarias. En este punto, es clave la revista de la Federación de Estudiantes Claridad. En este ambiente, entre universitario e independiente, las tendencias literarias más importantes fueron el realismo, el criollismo y el imaginismo. El realismo literario tuvo como principales exponentes a Baldomero Lillo<sup>37</sup> (Latcham, Montenegro, Vega, 1956), Federico Gana, y Mariano Latorre (Concha, 2016). Los años de producción literaria fueron a finales del siglo XIX y comienzos del XX, siendo influenciados –particularmente Lillo- por Benito Pérez Galdós, Fiódor Dostoievsky, León Tolstoi y Guy de Maupassant<sup>38</sup> (Montes y Orlandi, 1955).

Este tipo de literatura se caracterizó por una vívida descripción de personajes, muchas veces ahondando en aspectos de su psique, muy propios de la creación *dostoievskiana*, exponiendo sus miedos, pesares y esperanzas. En sí es un tipo de literatura deprimida, con un compromiso social solapado, no tan explícito como la literatura social de siglo XX. Más bien, este tipo de literatura fue más hábil en exponer críticas sociales –especialmente la condena a la desigualdad, la precariedad laboral y el clasismo-, que en defender ideologías.

Si bien es cierto hay presencia de personajes pintorescos, éstos no son elementos importantes en el relato general. Es un tipo de literatura en donde prima el drama, sobre todo en Lillo y Gana. La tendencia literaria que le secunda es el criollismo, el cual es muchísimo más versátil que el realismo, en el sentido de tener múltiples subgrupos: criollismo popular, criollismo rural y paisajista, criollismo indianista, etc. (Montes y Orlandi, 1955), no obstante, la subdivisión, es esta tendencia la más prolífica y explícitamente militante durante el siglo XX, teniendo como exponentes a José Santos González Vera, Manuel Rojas, Fernando Santiván, Víctor Domingo Silva<sup>39</sup>, Baltazar Castro, Francisco Coloane, entre otros (Venegas, 2002).

Generacionalmente hubo varios grupos etarios, siendo el primero –y tal vez en el que se circunscribía Ortiz- la generación de 1900, que Montes y Orlandi definen como un grupo que le tocó ver el cambio de siglo, muy impactados por la cuestión social, los males contraídos por la guerra del salitre, el pesimismo de la celebración del centenario de la independencia, que en definitiva los

---

<sup>37</sup> Ernesto Montenegro ha situado a Lillo dentro de la pulsión criollista. Intuimos que estas categorías son discutibles, y que en definitiva más que la obra general del autor de *Sub Terra*, responden más bien a obras puntuales como *Sub Sole*.

<sup>38</sup> [Refiriéndose a Lillo] "Conoció a Galdós, Pereda, Dostoiewski, Tolstoi, Maupassant. De este último admiraba su capacidad para unir en forma artística lo triste y lo jocoso, "el don de la composición" y el saber "dar animación a sus historias" (...) [Sobre Gana mencionan] No hay aquí compensaciones y el grito rebelde brota espontáneo. Zola, Gorki, Dostoiewski, empiezan a socavar los fundamentos de la insensibilidad plutocrática" (Montes, Orlandi, 1955 p. 132-134).

<sup>39</sup> Sobre Víctor Domingo Silva existe una completísima biografía, en la cual se abordan diversos aspectos personales del vate, desde sus conexiones artísticas, hasta sus responsabilidades diplomáticas. En ella, el autor de la biografía, el historiador Fernando Venegas da cuenta de la temprana adscripción ideológica de Silva a las ideas ácratas, que sin perjuicio con el paso de los años termina abrazando el radicalismo.

perfiló como una generación de agudo sentido social<sup>40</sup>. Si en el realismo decimonónico hubo influencias rusas y francesas, en esta generación fue más manifiesta la relación con los eslavos, tanto literariamente como políticamente. Ya no sólo Tolstoi y Dostoievsky, sino el escritor ícono de este grupo fue Máximo Gorki (Venegas, 2002).

En el criollismo abundaban los personajes picarescos, el tono sarcástico –sobre todo en González Vera-, la reflexividad analítica –especialmente en Manuel Rojas-, y la crudeza de la vida que traía tras de sí un hálito de esperanza –particularmente en Óscar Castro-. Y si bien es cierto, en el criollismo se desarrolló el cuento, también fue prolífica la novela, que tenía bastantes rasgos de autobiografía. Por último, el imaginismo tuvo como principal líder a Augusto D’Halmar, que con tonos surrealistas describía la sociedad de su época de forma cruda. Los móviles eran los miserables de la sociedad, las prostitutas, y los desamparados<sup>41</sup>. La influencia del modernismo es manifiesta, y las sutilezas en el mensaje también lo son. Sobre las influencias de este grupo se suman otros escritores como Oscar Wilde, e inclusive Edgar Allan Poe. En definitiva, el imaginismo se caracterizó por constituir una suerte de novela social, completamente desapegada de la realidad, porque como señalan Montes y Orlandi: “*Los 21 demuestran con D’Halmar que no era tarea fácil buscar por el planeta un poco de alegría*” (Venegas, 2002 p. 259)

Sin embargo, ¿desde dónde podemos situar a Manuel Ortiz? La pregunta es compleja, así como la respuesta, puesto que el autor presenta en sus obras, puntualmente en *Pueblo Chico* una influencia manifiesta de criollismo y realismo – ¿y tal vez imaginismo?, que lo posicionarían desde una literatura social genérica. En este punto sería más fácil argumentar que elementos de ambas tendencias no estarían presentes en la obra del escritor provinciano. Si bien es cierto, tanto realismo como criollismo podrían ser etiquetas fáciles de identificar, Ortiz no posee la sutil exposición ideológica que exhiben Gana y Lillo, y con ello no pretendemos plantear que se define abiertamente desde una doctrina política, sino que los personajes hablan de sus ideales de forma abierta, elementos no tan presentes en las obras de los escritores mencionados.

Otro punto de discordia, es que el realismo en esencia posee elementos trágicos, en donde se pone de manifiesto la injusticia de la vida misma, que no tiene problemas en derivar a una crítica a un sistema social, político, económico determinado, ambiente recurrente en toda la novela o cuento. En el caso del criollismo, los elementos que lo distancian de la producción literaria de Ortiz, están relacionados con que este estilo apela a elementos culturales, y hasta folclóricos de lo descrito. Luis Durand, principal exponente del criollismo campesino, inunda el agro chileno de personajes cómicos y picarescos, en donde la vida y la crítica social van de la mano del sarcasmo y la ironía. Por otro lado, el criollismo exhibe más explícitamente una ideología, específicamente los escritores anarquistas, que relatan sin tapujos las vicisitudes de la militancia, y la sociabilidad ácrata, en tono simple y hasta humorístico, con excepción de Rojas y Castro, que son más proclives a la introspección literaria.

¿Qué quedaría para el imaginismo? A pesar de que es una tendencia bastante alejada a la obra de Ortiz, la tendencia a escapar de la realidad, y los finales trágicos –muy influidos por la literatura

<sup>40</sup> “La literatura chilena de fines del siglo pasado y principios del XX, nos permite observar un cambio en los intereses y en la sensibilidad de los escritores. Las transformaciones económicas derivadas del auge de las salitreras, que ahondan las diferencias sociales; los cambios políticos suscitados por los trastornos del 91; las nuevas doctrinas de conmiseración proletaria divulgadas por los novelistas rusos; la técnica naturalista de Zola, encaminada a una literatura científica, podrían citarse entre las causas que originaron la Generación de 1900. (...) La generación de 1900 reaccionó contra el decadentismo de fines de siglo, contra aquella neurastenia que fue la característica de la creación literaria (...)” (Venegas, 2002 p. 197-198).

<sup>41</sup> “La influencia de D’Halmar es innegable en la literatura. El contribuye con su ausencia de alegría a definir esa nota de tristeza típica del novecientos. Por eso que al leer la nómina de escritores seleccionados en su obra crítica “los 21”, no ha de causar admiración la índole de ellos (...) [D’Halmar describiendo al grupo] Una fantasía feliz y un corazón doliente, el placer de crear figuras tristes, niños heridos, mujeres derrotadas por el tiempo, amores destinados a morir. Y un río, un lago, un océano de bondad láctea” (Venegas, 2002 p. 259-260).



francesa y británica- son elementos comunes que nos permiten cruzar producciones literarias. La descripción de los defectos humanos no es producto de una contradicción o derivada de un sistema –realismo-, ni tampoco un elemento del cual hacer mofa –criollismo-, sino que sustenta cierta negatividad ante la vida, que justifica la disociación de la realidad. Añadiremos otro elemento al análisis. La forma en que está escrita la obra –al igual que *Cartas desde la Aldea*-, es a través de cartas. Este formato ha sido muy desarrollado por la literatura francesa, específicamente Anatole France<sup>42</sup> y J. J. Rousseau<sup>43</sup>.

Este estilo se caracterizaba por ser compilaciones de cartas o relatos, que tenían un hilo conductor, que no necesariamente buscaba ser aparente. Se buscaba dar la impresión de describir diversos acontecimientos en la vida del escritor de la carta. Otro aspecto interesante, es que las cartas son confesionales, es decir, buscan desnudar el alma de quien escribe, en donde se dan a lugar los pensamientos más profundos, muchas veces moralmente cuestionables, y reflexiones explícitas sobre problemas de la cotidianidad, que generalmente se vinculan con la coyuntura del autor mismo. Muchas veces de forma explícita –como Rousseau-, o a través de un personaje –en el caso de France y Ortiz-

En definitiva, la producción literaria de Ortiz dentro de las tres tendencias descritas, está situando en el criollismo, tal como expone Ricardo Latcham<sup>44</sup>. No cuestionaremos su criterio para posicionar al autor de Pueblo Chico dentro de dicha tendencia, sin perjuicio de advertir que la obra del sancarlino daba muestras que iban más allá del criollismo. Es insoslayable la influencia de la literatura europea en las letras nacionales. Consideramos que el *afrancesamiento* de las élites<sup>45</sup> que se dio a lugar a comienzos del siglo XX, el cual permitió la circulación de no sólo clásicos de la literatura occidental –como Voltaire y Rousseau<sup>46</sup> por ejemplo-, sino de obras de vanguardia –France, Wilde, entre otros-, fue construyendo un sincretismo cultural y creativo evidente, máxime en un escritor de provincia como Ortiz, educado al alero del Estado, y del que no se tiene información de que haya viajado afuera de Chile.

El análisis de la tendencia literaria deja entrever la dificultad para conocer a él y su obra. Ello radica en que existen pocos datos biográficos de Manuel Ortiz que nos permitan realizar una caracterización y un estudio biográfico acabado. Las fuentes principales de información son menciones tangenciales de otros escritores contemporáneos, reseñas de sus propios libros, y trabajos historiográficos. Dentro de la información que hemos podido recopilar, sabemos que nació en la comuna de San Carlos en el año 1870 y falleció en Santiago en 1945. De profesión profesor, y de oficio periodista y escritor, al igual que Enrique Molina y Alejandro Venegas. De hecho, Molina

---

<sup>42</sup> Es bastante decidida la forma en que el autor de las "memorias" del sacerdote Coignard expone su empresa: "Ese cuaderno es el que yo hago imprimir ahora, y lo titulo Opiniones de Jerónimo de Coignard. La amable acogida dispensada por el público a la obra anterior de Jacobo Dalevuelta me anima a publicar inmediatamente estos diálogos, en los que el antiguo bibliotecario del señor de Sééz aparece de nuevo con su indulgente sabiduría y con un escepticismo generoso, formulando acerca del hombre juicios en que a un tiempo se muestra benévolo y despreciativo. Yo no quiero asumir la responsabilidad de las ideas expuestas por aquel filósofo sobre diversos puntos de Política y de Moral (...)". (France, 1940 p. 10).

<sup>43</sup> Rousseau al inicio de su libro Confesiones declara: "Emprendo una tarea que no ha tenido jamás ejemplo y que no tendrá, seguramente, imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo" (Rousseau, 1813 (1997) p. 1).

<sup>44</sup> "Diré algo del primer grupo, que ya tiene obra realizada en 1900. Entre éste se cuentan, por orden de nacimiento, Baldomero Lillo, nacido en 1867; Federico Gana, en 1867; Manuel J. Ortiz, en 1870 (...)" (Latcham, 1954 p. 8)

<sup>45</sup> Sobre este tema en particular, es clave el trabajo de Manuel Vicuña, titulado *La belle époque chilena*.

<sup>46</sup> Sobre este autor, Luis Rubilar citando la obra considerada la autobiografía de Ortiz *El Maestro*, pone de manifiesto la influencia que tuvo el francés en el autor chileno: "Todas aquellas cosas que aprendí en la Escuela Normal, mi amistad tan estrecha con Rousseau, Fröebel y con Pesalozzi (...)" (Rubilar, 2008)

conoció a Manuel Ortiz, con quien compartió labores en una *Revista Literaria*<sup>47</sup>, tal como menciona en su libro dedicado a narrar la vida de su malogrado amigo autor de *Sinceridad*.

Se desplazaba en la zona ejerciendo su labor docente, prueba de ello fueron sus trabajos en establecimientos de *San Ignacio, Bulnes y Chillán* (Cartes, 2015 p. 161). Luis Rubilar señala que Ortiz estudió en la *Escuela Normal de Preceptores de Santiago*, obteniendo su título en 1887, trabajando al año siguiente en la recién fundada sede normalista en *Chillán*. La influencia francesa que hemos referido anteriormente, es manifiesta en el alias que utilizaba para enviar escritos a los diarios: Bergerac. Un mundo que por cierto no le era desconocido, ya que según Rubilar el escritor llegó a ser director del diario *La Discusión* (1908) de *Chillán*, y de *Las Últimas Noticias* (1918).

Sobre las adscripciones de las que se tenga registro, se ha indicado que Ortiz era masón<sup>48</sup>. En el prólogo de la segunda edición de su obra *Pueblo Chico* Josías Paredes señala:

*“(...) la ilustrada opinión de críticos de tan alta capacidad y valía como don Carlos Silva Vildósola y Omer Emeth ha hecho sólo estricta justicia a Manuel J. Ortiz, al estimar el primero que uno de los libros de nuestro autor, ‘Cartas de la Aldea’ es una de las obras literarias más considerables y que más nos honran de cuantas se han publicado en los últimos años”* (Ortiz, 1932 p. 5-6).

Más allá del tono laudatorio habitual en el prólogo de la obra del comentado<sup>49</sup>, su obra magna pareciera ser *Cartas de la Aldea*, publicada posteriormente a *Pueblo Chico*, pero con la que alcanzó una cierta fama, a tal punto de ser completamente identificado con la obra. Su obra magna consiste en una serie de relatos que describen la vida de provincia, en la cual el autor vierte sus impresiones, y análisis de la psicología de los habitantes, respecto a distintas materias. En tono jocoso se refiere a la pleitesía con la cual los pueblerinos ven al santiaguino, en su condición de habitante de la capital<sup>50</sup>. Así es como Ortiz perfila al provinciano de pueblo: un sujeto pintoresco, lleno de contradicciones, entre la humildad y la ostentación absurda. Algunos personajes como el *profesor Ortega y don Faustino*, representan a las figuras de autoridad del pueblo, prolífico en simpáticos y extravagantes habitantes como doña *Rosario Contreras* –“*la mujer más brava de la aldea*” (Ortiz, 1932 p. 89), *Faustinito* –hijo de *don Faustino*- (Ortiz, 1932 p. 134), entre otros.

<sup>47</sup> “Después de vencer no pocas dificultades y gastando mucha perseverancia, Enrique Sepúlveda Campos, logró publicar en 1897 la *Revista del Sur*. Aparecía todos los meses. Con su entusiasmo y sacrificando tiempo y dinero, Sepúlveda la mantuvo por más de un año. Esta revista significaba un esfuerzo muy apreciable en las letras chilenas. En ella colaboramos, fuera de Sepúlveda que era su alma y director, entre otros, [Alejandro] Venegas, Manuel J. Ortiz, autor de ‘*Pueblo Chico*’, Antonio Bórquez Solar, que entonces estaba de profesor en Los Ángeles, y yo” (Molina, 1939 p. 25)

<sup>48</sup> Además, Rubilar expone “Diversos testimonios lo retratan como un hombre culto y tolerante (masón), con un agudo y catártico sentido del humor, lector contumaz y orador de léxico exuberante, con amplio manejo literario y artístico” (Rubilar, 2008)

<sup>49</sup> Paredes realiza otros juicios a Ortiz y su obra, sobre el que señala: “Omer Emeth no es menos expresivo que el brillante periodista chileno al juzgar a Ortiz con aquella equidad y franqueza que han singularizado al crítico francés, quien asegura que ‘*Cartas de la Aldea*’ es uno de los libros mejores y más genuinamente chilenos que se hayan publicado en el país. Anterior por pocos años a las ‘*Cartas de la Aldea*’, fue (sic) ‘*Pueblo Chico*’... inicia la obra literaria de Ortiz que, si no sobresale por lo abundante, es, en cambio, sólida y discreta, como corresponde a quien ha sabido anteponer siempre los mandatos de una rígida conciencia literaria a los falaces halagos de una publicidad populachera o de un menguado sectarismo” (Ortiz, 1932 p. 6).

<sup>50</sup> “En mi aldea, y aun en la capital de mi provincia, hay por todo lo que es santiaguino un respeto que raya en veneración. Basta que una cosa proceda de Santiago para que la juzguemos óptima. (...) A la capital de mi provincia llega de cuando en cuando un cortador de una sastrería santiaguina. Viene a tomar medidas para hacer los trajes en la capital y mandarlos después por encomienda. Y allá van nuestros gomosos a hacerse medir el cuerpo por el ‘artista’ y poco después los vemos ostentar, henchidos de satisfacción, unos trajes que les sientan pésimamente, como que han sido hechos sin someterlos a prueba, y que les cuestan dos veces más que si los hubieran adquiridos donde el sastre provinciano que les fía pacientemente para que les paguen por mensualidades” (Ortiz, 2000 p. 40-41).

Además de los trabajos que hemos mencionado publicó *El Maestro* y *Caricaturas*, exponiendo en ambas sus experiencias como profesor, particularmente la primera. Según plantea Rubilar, constituye una suerte de autobiografía<sup>51</sup>, en donde el protagonista, *Mauricio*, es el alter ego de Ortiz. En la obra existe una suerte de noción de ser considerada su obra final, en la cual, sin más el autor reflexiona retrospectivamente sobre su vida, siendo su rol de profesor central, dando pie a una lectura sobre la sociedad en la cual se desarrolló, e inclusive un análisis del estado de la educación chilena.

Sin embargo, es imprescindible para analizar al autor, caracterizar la zona en la que se desarrolló. Lamentablemente existen escasos estudios sobre la zona de Ñuble durante el período, generalmente descrita desde una perspectiva panorámica que, sin perjuicio de ser útil, incurre en generalizaciones, y más aún, se centran en la ciudad de *Chillán*. Independiente de lo anterior, es posible llevar a cabo una caracterización social de la zona, a través de los trabajos disponibles, ya que todos tienen puntos en común, al describir la zona de Ñuble como agrícola, generalmente conservadora y de mentalidad provinciana.

Aspecto que se vio reflejado inclusive en la economía y el comercio, en donde rasgos nacionalistas hicieron de esta zona muy reticente con la llegada de extranjeros<sup>52</sup>, aspecto que Ortiz menciona en su obra<sup>53</sup>, y que es uno de los principales móviles de *Pueblo Chico*. Otro aspecto que es necesario definir dentro de su contexto de época, eran las redes de sociabilidad que se daban a lugar, irguiéndose las organizaciones mutualistas y clubes como las predilectas por los trabajadores y profesionales de la zona. Pero también estos espacios eran propicios al desarrollo cultural y educativo. La influencia de la Sociedad de Instrucción Primaria, como las mismas leyes educativas a nivel nacional tuvo en la zona de Ñuble un espacio donde aplicarse, tal como mencionaba Enrique Molina en su libro.

Respecto a este punto, Marcos Ulloa expone que las Sociedad Mutualistas en *Chillán* abrían escuelas nocturnas –muchas veces en unión con la *Sociedad de Instrucción Primaria*– para los analfabetos de la zona de *Ñuble*, quienes lamentablemente muchas veces no podían asistir a clases por falta de recursos para desplazarse hacia *Chillán*, o por desidia de los padres hacia la educación, por considerarla un gasto de tiempo, que podría ser más útil en el trabajo campesino<sup>54</sup>. El mutualismo, cuyo auge partió a finales del siglo XIX, tuvo en *Chillán* presencia, tal como plantea

---

<sup>51</sup> "La 'proyección de la vida del autor (Ortiz) en el personaje de esta 'novela' (ya no epistolario), el normalista Mauricio, y su espacio de acción docente ('Escuela de hombres', de San Lorenzo) es tal, que podemos decir que viene a representar semióticamente su propia 'autobiografía'. Las condiciones biográficas del propio Manuel J. Ortiz: preceptor normalista, hijo de madre tempranamente viuda, poseedor y ejecutante de un violín, admirador de personajes europeos (escritores y pedagogos), se reciclan como en un sosías en su personaje Mauricio" (Rubilar, 2008).

<sup>52</sup> El historiador Marco Aurelio Reyes señala al respecto: "La mentalidad tradicional del empresariado criollo rechazó la inmigración extranjera, "industrial" impulsada por la Sofofa, por "perniciosa" y desplazadora del comercio de "abarrotes y menestras". Estaba permeada por la virulencia nacionalista. Los emprendedores extranjeros (alemanes, franceses, españoles, norteamericanos, palestinos) impulsaron trascendentales innovaciones económicas – tecnológicas (1890-1930). Sin embargo, no asumen liderazgo social ni dirigencia política, por niveles educacionales o la dedicación a los negocios" (Cartes, 2015 p. 100).

<sup>53</sup> Bernardo Subercaseaux (2007) plantea que el nacionalismo a finales de siglo XIX y comienzos del XX fue un elemento presente en la narrativa chilena, situándose los escritores desde el nacionalismo acérrimo como Zenón Palacios con *Hogar chileno*, a una visión crítica de la chilenidad como Joaquín Edwards Bello con *El roto*.

<sup>54</sup> [Sobre el número de matriculados en las materias que se impartían en la Escuela Nocturna Sargento Aldea] "Sin embargo, se encuentran vacantes las clases de dibujo lineal, lectura razonada y escritura al dictado. El directorio aprobó además el proyecto de reglamento que debe 'regirlo y aportó también otros sobregastos indispensables' (Diario La Discusión, 26 de octubre 1882). Las razones de la ausencia de alumnos eran atribuidas a que los padres eran de sectores rurales, a la falta de recursos para el traslado hacia las escuelas y al poco interés de los padres en la educación formal y a las materias atingentes a la realidad geográfica y social de la zona" (Parada, 2014 p. 56).

Ulloa, siendo la *Sociedad de Artesanos La Unión* una de las más importantes, sin embargo, no hay menciones de otras organizaciones mutualistas en la zona.

## RESULTADOS

### Nativos y extranjeros en el pueblo de Villabaja: ecos del conflicto liberal-conservador en Pueblo Chico

En resumidas cuentas, la obra que analizaremos trata sobre: el joven sacerdote *Julián* que debe partir al pueblo de *Villabaja* a suplir al párroco recientemente fallecido. Su primer trabajo pastoral lo recibe con ánimo y con altas expectativas de hacer amistades y cumplir su trabajo. A su llegada es recibido por el alcalde, don *Bruno*, quien desde un primer instante hace notar su poder y la conveniencia que traería para él situarse en su bando, ya que el párroco anterior, se habría dejado manipular por la *viuda del coronel*, enemiga número uno del alcalde.

Desoyendo las recomendaciones, el *padre Julián* decide conocer el pueblo por sí mismo, y formarse su propia opinión, pero el diagnóstico es desalentador: el pueblo está completamente dividido entre nativos y extranjeros, a tal punto de que hasta en la iglesia se sientan en sectores separados y bien definidos. El problema no es exclusivo entre *don Bruno* y la viuda del coronel, sino que alcanza al pueblo completo. Intrigado, el párroco decide conocer a *doña Eulalia* –la viuda- y va a su casa, en los límites del pueblo. Al llegar se encuentra con una señora amable, solícita y dispuesta a la paz, y que no entiende muy bien la razón de la desidia de parte del pueblo, y específicamente de *don Bruno*. Sin embargo, la visita pastoral adquiere otro cariz cuando el cura *Julián* conoce a Emilia, la sobrina de la viuda. Esto provoca una crisis vocacional al joven por los sentimientos carnales que estaba manifestando por la muchacha.

No obstante, no era el único que tenía sentimientos por ella: el profesor del pueblo, *Gabriel* tenía un afecto especial que le era correspondido por la joven. A este círculo se sumaba el boticario dueño de la farmacia del pueblo, que cada cierto tiempo sufría fechorías en su local de mano de los secuaces del alcalde. Al ver *don Bruno* y el resto de sus adeptos –incluidos el sacristán de la iglesia- la inclinación del párroco por el grupo de *doña Eulalia*, deciden tenderle una trampa para sacarlo del camino: hacen correr la voz de que *Emilia* tenía relaciones carnales con *Julián*, con lo cual provocan la deshonor de la muchacha, y su posterior muerte. Mientras el cura *Julián* enloquece, y espera a que vaya a buscarlo su madre, para dejar a un lado el pueblo y su vida sacerdotal.

Dando curso al análisis de la obra, y en base a las categorías que hemos determinado para trabajar la obra, hemos podido identificar dos grupos bien definidos: los nativos y los extranjeros, cada uno de ellos liderado por *don Bruno*, el cual es representado como una persona autoritaria y de mucho poder, *concepción* que queda al descubierto a manos del mismo alcalde, y de su fiel lacayo, el sacristán: [Don Bruno]

*“Seremos amigos, señor cura, porque es bueno que las autoridades marchen unidas. Aquí hay gentes alborotadas a quienes hay que tener siempre con la amarra apretada”*; “Mi sacristán dice que es el más rico y el más sabio de estos contornos aunque confiesa que hay opiniones en contrario (...)” (Ortiz, 1932 p. 18 - 19).

Es así que el líder de los nativos, quien tiene todo el poder político del pueblo, también se da a entender que tiene el poder social, y económico, en similar situación que los funcionarios municipales, de quienes Ortiz menciona que son los mayores comerciantes en trapos de la zona (Ortiz, 1932 p. 19). Otra característica que el autor otorga a don Bruno son las *“manipulaciones e intrigas”* que elabora él y su camarilla para tener el control sobre el pueblo, específicamente al párroco, al cual al avanzar la historia se va haciendo más evidente su posicionamiento hacia *doña*

*Eulalia: "(...) y olvidar para siempre las intrigas y maquinaciones de don Bruno, de don Ramón, de Benito, de doña Herminia, de doña Agustina (...)"* (Ortiz, 1932 p. 49-50).

No dejan de ser interesantes las actitudes *matonescas* que describe el *cura Julián*, ya que ellas reafirman la caracterización autoritaria que se hace de la figura que representa *don Bruno*: un auténtico patrón de fundo, que busca tener un control absoluto sobre la población a su cargo, identificando los individuos que no le son afines. Esto provoca un sinfín de situaciones incómodas al párroco, ya que el alcalde busca tensarlo para que muestre a quien debe su lealtad, dejando a un lado su amabilidad inicial, mostrando la arbitrariedad del poder, y la defensa de los nativos como colectivo.

Si bien es cierto el liderazgo y poder autoritario que demuestra *don Bruno* hacia la población pudiera ser identificado como rasgos propios de una figura conservadora, es necesario precisar que la arbitrariedad no era patrimonio exclusivo de esa sensibilidad, sin embargo, la construcción de imagen en torno a *don Bruno* como una persona que asume su cargo desde una *concepción* tradicionalista, de *católico devoto* (Ortiz, 1932 p. 18), autoritario e inclusive, expuesto por el diario del pueblo –afín al alcalde– como *"excelente y paternal mandatario"* (Ortiz, 1932 p. 52), nos permite catalogarlo bajo un conservadurismo muy local, e inclusive excluyente:

*"Por su parte el señor primer alcalde, que hace y deshace a su antojo de la municipalidad y de todos los servicios públicos, ha dispuesto que no se enciendan los faroles cercanos a las casas de sus adversarios (...); "El amor al terruño, llevado hasta el exceso, y lo poco que conocen el resto del mundo, han despertado en ellos ridículos humos aristocráticos. (...) Sé que estas pequeñeces son propias de la vida de aldea, pero no desespero de hacer algo por desterrarlas"* (Ortiz, 1932 p. 21-26).

Más adelante agrega el presbítero, ya refiriéndose a la división social del pueblo:

*"Sólo en una cosa están de acuerdo todos los que hasta ahora me han visitado: en mirar mal a la 'viuda del coronel'. Parece que la población se divide en dos bandos, subdivididos en otros menores: el de los forasteros, encabezado por la viuda en cuestión [doña Eulalia], y el de los nativos o fundadores del pueblo, como si dijéramos los patricios, encabezado por los Albornoces y los Alarcones"* (Ortiz, 1932 p. 21-22).

No es menor el carácter endogámico de la sociedad pueblerina ya que, en esa época, proliferaba la literatura nacionalista, tal como hemos expuesto, siendo un ícono el escritor Zenón Palacios. El nacionalismo –o localismo– exacerbado, que busca la defensa de los habitantes primigenios de un lugar son la base de consenso en todo el pueblo nativo, el que más allá de tener diferencias –sociales al parecer–, reconoce como líder a *don Bruno*. Otro elemento interesante, es que el grupo de los nativos estaría controlado por dos grupos familiares. Es así que esta *fronda* local sería la expresión de una *concepción* jerarquizada de la sociedad, cimentada no sólo por el apellido y la posesión de recursos económicos, sino por los cargos de poder, y posición social, inclusive reflejado al interior de la iglesia en plena misa.

El caso del sacristán es interesante por el rol de *espía* que asume. Ortiz lo describe como un personaje oscuro, dotado de todos los vicios propios de un campesino o pueblerino, el que, sin embargo, pareciera no actuar por intereses personales, sino colectivos, es decir, asumiendo un rol dentro de su grupo, el de los nativos:

[Refiriéndose al sacristán] *"(...) pero hay tal unción hipócrita en sus ojos bajos y en sus manos cruzadas sobre el vientre, tiene constantemente en sus labios un proyecto de sonrisa tan falso y odioso, que me he formado la convicción de que José es un pillo consumado (...)"* (Ortiz, 1932 p. 17); *"(...) y de José, mi sacristán, que es un espía que han puesto junto a mí y a quien no puedo despedir, porque eso sería como declarar la guerra al bando de los nativos."* (Ortiz, 1932 p. 49-50).

El rol de José como espía, reafirma la imagen de *don Bruno*, y el nivel de control sobre el pueblo, quien opera más que como alcalde del pueblo, su dueño. Los *albornoces* y *alarcones*, cuyas figuras insignes son doña *Herminia Albornoz* y doña *Agustina Alarcón* representan la aristocracia, no necesariamente ligada a la tierra, como sería el típico caso terrateniente como *don Bruno*, sino una aristocracia vinculada a círculos sociales exclusivos, familiares y que están posicionados en la iglesia local. Tal como menciona *Julián* en la carta, carecen de unidad –salvo la unidad de *albornoces* y *alarcones* como fronda local-, y pugnan por la supremacía social en función de la tradición familiar. Pintoresco resulta el hecho de que poseer cualquiera de los dos apellidos, pareciera ser una distinción de *clase*, la que se ve aumentada si la persona posee los dos apellidos:

*“¿Sabes, niña? Dijo doña Agustina. No conviene que este año demos participación a las Hernández en los arreglos de la iglesia. –Ni a las Rodríguez tampoco, dijo doña Herminia. –¿Por qué, señoras?–Porque son... gente muy ordinaria, señor cura. En Villabaja hallará usted mucha de esa gentuza. No hay más de dos o tres familias con las cuales se puede tener relaciones. De lo demás no hay que hablar. Son gentes venidas de fuera, a cuyos padres y abuelos nadie ha conocido” (Ortiz, 1932 p. 20-21).*

*“Son de nobilísima estirpe, pues la primera es Albornoz y Alarcón y la segunda Alarcón y Albornoz, circunstancia que las coloca aún por encima del alcalde y del subdelegado, que son solo Alarcones y Albornoces por sus esposas” (Ortiz, 1932 p. 20).*

Se dejan entrever las redes relacionales y matrimoniales al interior del pueblo, en donde existía la figura del buen matrimonio, es decir, elegir por cónyuge a una persona de posición alta que le da prestigio al cónyuge de menor categoría social. Aspecto del que no se escapa ni el alcalde ni el subdelegado, los cuales están vinculados a estas familias por lazo matrimonial.

En definitiva, el grupo nativo tiene un perfil bien claro: son representantes de la aristocracia local, terratenientes y muy devotos de la iglesia. En su seno hay conflictos y disputas, en las cuales se busca exponer una supremacía social por sobre el otro. No es un grupo democrático, y su poder está basado en la tenencia de recursos, y en la tierra, tanto por haber nacido en ella, como la posesión. A pesar de que *don Bruno* no tenga abolengo más que por su esposa, ejerce el control y liderazgo de este grupo. Por las características definidas, responde al perfil clásico de un conservador, al cual no le agrada en absoluto la llegada de los extranjeros, máxime si llegan al pueblo a perturbar, o a enseñar “herejías” (Ortiz, 1932 p. 30-31) como es el caso de *Gabriel*, el maestro de escuela, a quien señalan como: “Después de muchos rodeos llegaron a hablarme del preceptor, a quien pusieron de oro y azul, llamándolo masón, hereje y radical, y concluyeron pidiéndome mi firma para una solicitud de destitución que pensaban enviar al Gobierno” (Ortiz, 1932 p. 24).

Contrastando con la biografía personal de Ortiz, evidentemente la imagen del preceptor la homologa con él mismo, que como habíamos mencionado anteriormente, pertenecía a la masonería, sin tener mayores antecedentes sobre su militancia. Sin embargo, la presencia del Partido Radical en el profesorado nacional, nos hace pensar que la construcción del personaje responde más bien a este estereotipo, más que la militancia de Ortiz, de la cual no poseemos antecedentes, que no obstante no descartamos. Analizando el bando contrario –los forasteros-, existen personajes más definidos, pues claro, a diferencia de ellos los nativos giran en torno a la figura del alcalde y sus órdenes. Las figuras principales son *doña Eulalia* y *Gabriel*, el profesor. Si bien es cierto, el boticario y *Emilia* son parte del grupo, no poseen una descripción tan detallada en torno a sus pensamientos y posiciones, salvo *Emilia* que es presentada como bondadosa, jovial y pura, sobre todo en sus acciones caritativas con los pobres (Ortiz, 1932 p. 30-52).

Continuando con el análisis, *doña Eulalia* es expuesta como una persona conciliadora, de la cual no se exponen reflexiones que vayan más allá de sus deseos de paz y concordia. La construcción de imagen en torno a ella, está más mediado por sus opositores, quienes la acusan de fingirse robada

(Ortiz, 1932 p. 52), creerse mejor que el resto (Ortiz, 1932 p. 30), y de replicar las prácticas autoritarias de su marido difunto (Ortiz, 1932 p. 31). Otro rasgo que sobresale, es su apego a las leyes y la justicia que reluce a propósito de un conflicto sobre el derecho de aguas, que la mantiene enfrentada al alcalde. Su victoria en tal litigio agudiza los conflictos y arbitrariedades, que tienen como ejemplo el robo impune de seis bueyes (Ortiz, 1932 p. 50).

No existen elementos que nos permitan situar a *doña Eulalia* en una tendencia ideológica definida, sólo podemos afirmar que se trata de una persona letrada, alejada de los vicios del campo, y con aspiraciones de paz. Quien sí posee rasgos definidos y explícitos es *Gabriel*, el profesor de la escuela del pueblo, quien se enfrenta con lo que representan don Bruno y su grupo, pero más interesante aún, con el cura *Julián*. Este personaje es el que nos permite identificar claramente las posiciones en disputa, siendo él mismo representante de la cultura ilustrada, y de una *concepción* teleológica -específicamente positivista- que concibe el desarrollo de la humanidad como un eterno progreso de la mano de la ciencia, visión muy propia del liberalismo –e inclusive del marxismo, con otros matices-.

Su imagen se construye como una persona culta, que tiene conocimientos más allá de lo referido a ganados y cosechas (Ortiz, 1932 p. 37). Así como el alcalde representa el retraso, paternalismo, arbitrariedad y tradicionalismo, el profesor representa el progreso, la cultura y la civilización. En términos decimonónicos, fácilmente esta relación podría traducirse en lo que expuso Domingo F. Sarmiento con su obra magna *Facundo o civilización y barbarie* (Sarmiento, 1874).

Si bien es cierto el margen de influencia de *Gabriel* hacia los jóvenes del pueblo que educa no se pone de manifiesto de forma reiterada y explícita –salvo cuando se le acusa de esparcir *herejías*, como ya hemos mencionado-, sí se le combate instalando otra escuela –de carácter confesional- de la mano del alcalde y subdelegados, con el objetivo de atraer a los jóvenes que asisten a la escuela fiscal, sin embargo el intento es infructuoso, y no cuenta con el apoyo de *Julián*, como tampoco el intento de destituir a *Gabriel* de su cargo:

*“Hay que hacer volar de aquí ese pajarraco, dijo Benito, soltando una carcajada. –Y procurar que se nombre un preceptor católico, que ojalá hubiese estudiado en el Seminario, agregó el hijo del subdelegado (...) –Será verdad lo que ustedes dicen, les contesté, pero yo no puedo suscribir nada que no me conste personalmente”* (Ortiz, 1932 p. 25).

El carácter laico y no confesional, tanto del profesor como de la escuela, hacen crisis con los sectores conservadores del pueblo que se yerguen a sí mismos como defensores de la religión, tal como exponen en el periódico financiado por la municipalidad (Ortiz, 1932 p. 27). Por lo que este conflicto, que se provoca con la inauguración de la nueva escuela, va más allá de asuntos personales, que a lo largo de la obra parecieran no existir, sino con dos visiones de mundo contrapuestas, y por qué no decirlo, un conflicto de intereses, representando dos idearios distintos. Las personas y familias notables, sin embargo, toman la disputa como algo personal, y retiran a sus hijos de la escuela fiscal buscando hacer competir a ambas escuelas:

*“Como la solicitud contra el maestro no dio (sic) resultados, pues el gobernador del departamento se negó a tramitarla, resolvieron dejar desierta la escuela. Todos los Alarcones y Albornoces y la gente plebeya que sigue sus aguas retiraron sus niños, y Benito abrió un colegio gratuito que al principio se vió (sic) bastante concurrido. Principió entonces una verdadera guerra entre ambas escuelas. (...) El maestro fiscal cambió la hora de la salida de sus chicos y cesaron así los pugilatos, pero no las provocaciones de parte de los fundadores”* (Ortiz, 1932 p. 25).

Además del gesto de *Gabriel* para cesar las riñas y altercados entre los alumnos de ambas escuelas, el establecimiento privado cae por sí mismo. Las razones son interesantes, y a pesar de que pudiera interpretarse como una crítica del autor hacia la educacional confesional y privada, no exageraremos la interpretación. No obstante, creemos que, en este episodio, el autor más que

buscar cuestionar el carácter confesional de los profesores e instituciones, y su condición de establecimiento privado, sí realza la educación fiscal a través de la crítica a un tipo de escuela que se expone como antítesis de la misma:

*“La nueva escuela amenaza ruina, porque como el flamante maestro enseña poco y no consigue tener orden, uno a uno han ido volviendo los niños a la escuela fiscal y Benito tendrá que cerrar la suya por falta de discípulos” (Ortiz, 1932 p. 26).*

*Gabriel* está consciente de su labor, y de la importancia social y política de la escuela, conoce los métodos éticamente reprochables de *Bruno* y sus secuaces, y pareciera ser que también sitúa que la experiencia en *Villabaja* no es exclusiva de ese pueblo, sino está circunscrita dentro de un orden social que él busca combatir. En este punto es donde se exhiben con mayor claridad la disputa entre *Gabriel* y *Julián*. A raíz de las arbitrariedades del alcalde, *Eulalia* y *Julián* comentan en la sobremesa posibles soluciones y análisis respecto a la situación. El párroco acongojado por el actuar de los nativos se consuela en la religión y su acción pastoral, que considera como medios eficaces para combatir el mal y sembrar la paz en el pueblo. El tenor de la conversación cambia cuando se insta a *Gabriel* salir de su silencio (Ortiz, 1932 p. 39-40).

La exposición del profesor tiene como aspecto central lo siguiente: es la educación y no la religión un arma eficaz para salvar/cambiar a las personas y el mundo. Si bien es cierto no podríamos situar al cura dentro del grupo de los nativos, es aquí donde mejor se representa el conflicto entre los idearios liberales y conservadores, la tensión entre el progreso y la tradición, la ciencia y la religión:

*“-Sus remedios, señor cura, me dijo, muy buenos en un tiempo, son ya ineficaces. Es preciso reemplazarlos por otros más nuevos y más enérgicos. (...) -¿Y por cuáles debo reemplazarlos, señor mío? ¿Qué potencia más eficaz que la de la religión? -La de la escuela, señor cura” (Ortiz, 1932 p. 40).*

*Gabriel* anatemiza los roles de la escuela y de la iglesia de forma explícita, en definitiva, él concibe esta institución como arcaica. Sin embargo, uno de los aspectos más interesantes de su ideario es el análisis que realiza sobre los rasgos que heredan padres a hijos, y que pueden ser subsanados por la escuela, en definitiva, una crítica a las costumbres y la cultura. Ante todo, la lectura de su entorno y de la sociedad es materialista, y que pugna constantemente con la *concepción* del cura, eminentemente idealista:

*“Si puedo, señor cura. No ofrezco la felicidad eterna, pero ofrezco la felicidad aquí en la tierra, para el día de mañana. (...) -Pero eso es inmoral, señor maestro. ¡Cómo estará la escuela de usted! Correr tras la felicidad terrena es autorizar y practicar los vicios más abominables. Sin sacrificio no puede haber virtud. -Usted no me ha comprendido. Yo creo que no puede existir la felicidad sino en el bien y en la verdad” (Ortiz, 1932 p. 41).*

La visión de conseguir los beneficios de la ciencia y la tecnología, o como se expone en la discusión, la felicidad en la tierra, es propia de una *concepción* racionalista de la realidad que compartían liberales y socialistas. La irrelevancia de la vida eterna, o la irrelevancia de la vida terrenal son puestas en juego. Si bien es cierto el profesor no exhibe ninguna confesión explícita de ateísmo, la existencia de un dios no es el punto central, sino la posibilidad de cambiar la realidad del mundo, o la aceptación del orden contingente en *pos* de una ambición *supraterrenal*. Esto lo deja en claro *Gabriel* cuando *Julián* lo interpela sobre las promesas de otra vida, quien responde de forma contundente:

*“Así, pues, he logrado que en mi escuela el dolor y la dicha de cada uno sean compartidos por todos, que el débil sea apoyado por el fuerte, que el más ignorante sea auxiliado en sus tareas por el más instruido o por el más inteligente. (...) -¿Y qué promete usted a sus discípulos para la otra vida? -Nada, y eso me tiene sin cuidado. Sean ellos buenos aquí, y descansen como yo*



*en la confianza de que si existe un Dios justo y hay un cielo, ese cielo ha de ser para ellos"* (Ortiz, 1932 p. 43).

A comienzos del siglo XX, como ya hemos comentado, la llegada de las ideas de redención social se confundían entre sí, y la categorización muchas veces no hacía justicia al ideario que se defendía. Esto se hace explícito cuando *Julián* interpela al preceptor sobre su posición ideológica. Pero lo expuesto por el profesor son nociones genéricas que eran compartidas por socialistas, liberales y comunistas por igual. Insistimos en que la laxitud de conceptos, y el entendimiento de lo que definía por tal o cual doctrina, no resultaba ser precisa. Aunque no deja de ser interesante cómo el párroco refleja las tensiones que se generaron en la sociedad con la llegada de ideas comunistas, no entendiendo muy bien en qué consistía:

*"-Usted, sin duda, pertenece al número de los maestros comunistas, que predicán el comunismo en sus escuelas. (...) -No, señor; yo no predico en mi escuela el comunismo. (...) - Nada que divida, nada que despierte odios, nada que incite a la violencia oírán de mis labios los alumnos de mi escuela. No acepto, pues, la propaganda del comunismo entre los niños; pero tampoco acepto la propaganda contraria." "Yo, señor cura, soy un comunista convencido y entusiasta. Dedico mi vida entera, exclusivamente, a nivelar las clases sociales, no abatiendo a los de arriba, sino elevando a los de abajo hasta colocarlos a todos en el mismo nivel. Cada clase que hago, cada lección que doy es la realización de una parte de mi programa." (Ortiz, 1932 p. 43-44).*

La perspectiva militante de su magisterio, muy propia de esa época, va perfilando el rol del profesor en el relato: una persona de ideas de avanzada social, que está convencido y seguro de su cruzada, muy similar –aunque con otro contenido- a la del párroco. Sin embargo, la exposición de ideas, en las cuales él anatemiza con la "otra forma de ser comunista", vinculado al uso de la violencia (Ortiz, 1932 p. 44), nos hace pensar que más bien él respondía a una sensibilidad social que podría ser denominada como comunista, pero no con la fuerza de quien entiende la doctrina estudiada directamente desde Marx o Lenin.

La vía de lucha, la educación como arma contra la oscuridad de la ignorancia, consideramos que responde más bien a un ideal masónico –al cual adscribía Ortiz-, como también la crítica al capitalismo como resultado de una sociedad en crisis, de similar forma como respondió la Iglesia Católica con la Encíclica *Rerum Novarum*. Sin embargo, *Julián* no parece situarse dentro de las ideas de avanzada. En ese sentido, la tensión entre ambos idearios es evidente. Concluye el profesor situando la discusión de ideologías en el contexto local, ¿qué opinión tiene Gabriel de la situación por la que están atravesando?:

*"-Y volviendo a lo que ocurre en Villabaja, agregé después de un rato, yo le anuncio a usted un fracaso, aunque no se lo deseo. Predique usted a don Bruno, amenácelo con el infierno si no deja de odiar a nuestra amiga, ofrézcale el cielo a cambio de la reconciliación. Será en vano. (...) déjeme arrancarles en la infancia el egoísmo y la mentira y enseñarles a amar la verdad y la justicia, y verá usted entonces que en Villabaja habrá tal vez menos devotos en el rosario, pero habrá también menos vileza, menos rencores y menos miseria moral"; "Convéznase usted, señor párroco; van ustedes quedando rezagados. (...) El remedio a los males del presente no es la creencia, es la ciencia." (Ortiz, 1932 p. 45-46).*

A pesar de que hemos afirmado que no podríamos catalogar a *Gabriel* como ateo, sí podemos estar seguros en definirlo como anticlerical. Los debates que se dieron a lugar entre científicos y creyentes fue la tónica de gran parte del siglo XX, que se arrastraba del siglo anterior. Este debate no era más que el resultado las dos posibles salidas: progreso o tradición. A pesar del duro verbalismo en las exposiciones de ideas de ambos contendientes, surgió una amistad que perduró todo el relato, pero todo no volvió a ser igual. Podríamos afirmar que esta conversación fue un punto sin retorno para el cura *Julián*. Los conflictos con el alcalde terminaron por convencerlo:

“-Hace usted bien, Gabriel, en tener fe en la escuela. Eduque usted con amor a los hijos de estos bárbaros y procure hacerlos mejores que sus padres.” (Ortiz, 1932 p. 58).

“¡Pero cómo se cumplen sus profecías! Don Bruno es más perverso que el demonio” (Ortiz, 1932 p. 86).

Si bien es cierto el grupo de los nativos poseía contornos más definidos y un liderazgo fuerte, sobre el que giraban todos a pesar de los conflictos internos. En el caso de los forasteros es más complejo por la variedad de identidades. A pesar de ello, es *Gabriel* quien posee una representación más potente y sólida de sus convicciones. Por otro lado, *Julián* intentando mantenerse neutral, le es imposible tanto por el amor que siente por la joven *Emilia*, como por la vileza que acusa a *Bruno*, o los fuertes argumentos del profesor.

## CONCLUSIONES

De una forma u otra, los personajes resultan ser representativos de las tensiones de la sociedad chilena, y de provincia, la cual estuvo marcada por la arbitrariedad de los liderazgos *caudillescos*, cuyo ejemplo máximo fue el cohecho electoral. Pero también, por la no siempre conflictiva relación entre caudillo y las masas –o adeptos-, habiendo complicidad, no tanto por posibles ventajas económicas, sino por un sentimiento compartido. ¿Qué razones habrían tenido *José el sacristán* y los subdelegados para unirse a *Bruno* en su cruzada contra *Eulalia*?: su rechazo a los elementos extranjeros o forasteros.

Más allá de una noción o convencimiento –e inclusive fervor- anti-inmigratorio, consideramos que el rechazo hacia los forasteros representa el carácter cerrado de las sociedades provincianas, particularmente en los pueblos, quienes acostumbran a tratar y crear espacios de sociabilidad en común con personas que han compartido durante décadas, conociendo hasta sus familiares más ancestrales. Lo que posee de trasfondo es el apego a la tierra donde se nace, y el derecho que se asume por el tiempo de vivencia en un territorio.

Este mismo carácter explica hasta el rechazo a ideas foráneas. Este punto es clave, porque la resistencia y combate a la escuela fiscal no se explica exclusivamente porque el preceptor sea forastero, sino por las ideas que difunde y representa. Prueba de ello es que cuando levantan la escuela para nativos, buscan a un profesor que sea idealmente sacerdote, o alguien que haya pasado por el Seminario. Esto es reflejo de la dura pelea que llevaron a cabo sectores católicos de la sociedad que veían como malos ojos el avance del Estado hacia áreas que estaban dominadas por la iglesia. Ejemplo de ello, la educación.

La expansión educativa siendo punta de lanza de las ideas de avanzada, durante el período también hubo otras experiencias, pero que no se dieron bajo iniciativa estatal, como las mancomunales y las mutuales. A lo largo de Chile, a medida que se fundaba una mutua, surgía una mutua católica. Otro punto relevante es que si bien es cierto el principal rechazo hacia la viuda del coronel se debe a no haber nacido en el pueblo, también se van sumando conflictos económicos: la disputa por el derecho de aguas. Este conflicto muy propio del campo chileno, evidencia que las disputas por lugar de nacimiento no explican por sí mismas las tensiones que podrían existir entre dos grupos sociales.

Es necesario comentar el rol del Estado en los espacios locales y provincianos, ¿Dónde estaba el Estado? Si bien es cierto en la obra se menciona el Gobernador, quien usualmente está de parte de la viuda, no tiene mayor incidencia en las arbitrariedades que llevan a cabo Bruno y su sector. Esto es fiel reflejo de los límites del Estado hacia comienzos del siglo XX. La estructura social e inclusive política de las provincias y pueblos hacía muy difícil la llegada del Estado, por lo que estas comunidades estaban presas de los liderazgos autoritarios, y los caudillos. El alcalde no sólo ejercía las funciones propias de su cargo, sino que era juez y parte: Bruno es la fiel representación de ese tipo de liderazgo.

Por último, es interesante analizar la figura de Julián, ¿a quién representaría en definitiva?, ¿en qué habría pensado Manuel Ortiz al construir este personaje? Consideramos que la *Pueblo Chico* es ante todo un relato ético, político y socialmente dialéctico, es decir, se exhiben posiciones antitéticas constantemente, en donde ambas posiciones no poseen mayores contradicciones internas, más que las personalidades disímiles. En definitiva, como grupos están claramente definidos: *Bruno* y los nativos representan la tradición, el autoritarismo, los vicios y el conservadurismo social; *Eulalia* –y *Gabriel*, sobre todo- representan el progreso, la entereza moral, las ideas de avanzada social y un espíritu liberal. Aún más, dentro del grupo de *Eulalia* no hay un liderazgo fuerte, la viuda no ejerce un poder sobre el resto, todo lo contrario. Puede ser definida como una persona demócrata.

Ante estas dos posiciones, *Julián* que intentó mantenerse imparcial y neutral, padeció la tensión ante *Bruno* y *Gabriel*, sin embargo, consideramos que fue *Gabriel* la posición más antagónica. Si el profesor representa las ideas de avanzada, el espíritu liberal y las doctrinas comunistas o socialistas, *Julián* representa la transición de la época: un siglo XIX dominado por los dogmas de la fe, que se entrega al iluminismo científico, y a un nuevo orden social. Ante esta dicotomía, *Bruno* representaba para *Julián* continuar con un orden social ya instaurado y hegemónico, no así las ideas del profesor.

Esto nos permite afirmar que esta obra no estuvo exenta de las principales preocupaciones de su época, aún más, representó fielmente las posiciones políticas y sociales en juego. La tensión entre tradición y progreso que se agudizó con la cuestión social, dio pie a múltiples salidas de la crisis, que llegaría a un punto álgido a finales de la década de los veinte. Consideramos la obra de Ortiz muy sensible a las percepciones locales del contexto social, económico y político del país, representando los imaginarios políticos de un pueblo imaginario, que perfectamente sería homologable a cualquier pueblo de provincia en el Chile que ve partir el siglo XX.

## Referencias

- Acosta, L. (2005) "Literatura e historia: la historia en la literatura", *Revista de Filología Alemana*, (28).
- Álvarez, Á. "Representación y experiencia histórica. Hacia una teoría antireferencialista del discurso histórico", en línea, consultado el día 3 de diciembre del 2018, [https://www.academia.edu/35696190/Representaci%C3%B3n\\_y\\_experiencia\\_hist%C3%B3rica.\\_Hacia\\_una\\_teor%C3%ADa\\_antirreferencialista\\_del\\_discurso\\_hist%C3%B3rico](https://www.academia.edu/35696190/Representaci%C3%B3n_y_experiencia_hist%C3%B3rica._Hacia_una_teor%C3%ADa_antirreferencialista_del_discurso_hist%C3%B3rico)
- Allende, S. (2011) "La influencia anarquista en la literatura chilena", en línea, consultado el día 14 de noviembre del 2018, <https://www.portaloaca.com/historia/historia-libertaria/1205-la-influencia-anarquista-en-la-literatura-chilena.html>
- Ankersmit, F. R. (2014) *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Bolaños, A. (2001) "Historiografía y postmodernidad. La teoría de la representación de F. R. Ankersmit", *Historia y política*, (25).
- Bolaños, A. (2006) "Representación historiográfica y representación política: rapprochement estético en F. R. Ankersmit", *Historia y política*, (15).
- Brahm, E. (2016) "La Unión y el Partido Conservador de Valparaíso: ¿una posición divergente en el conservantismo en medio de la crisis institucional de 1925?", *Revista de Estudios Históricos-Jurídicos [Sección historia del pensamiento político]*, XXXVIII.

- Cartes, A. (2014) *“Un gobierno de los pueblos...”*. Relaciones provinciales en la Independencia de Chile, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Cartes, A. (2014) *Biobío. Bibliografía histórica regional*, Santiago de Chile, Editorial de la Universidad de Concepción/Dibam/CIDBA.
- Cartes, A. (ed.) (2015) *Chillán, las artes y los días*, Concepción, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.
- Cavieres, E. (2001) “Anverso y reverso del liberalismo en Chile, 1840-1930”, *Historia*, (34), en línea, consultado el día 23 de noviembre del 2018, [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-71942001003400002](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942001003400002).
- Céspedes, R. (2012) “El pensamiento moderno de Alejandro Venegas en *Sinceridad* (1910)”, *La Cañada*, (3).
- Cid, J.; Castro, M.; Albornoz, V. (2018) “Balance patriótico. A propósito de la balanza huidobriana”, *Letras*, (89), (129).
- Concha, J. (2016) “Silva y Durand: Dos novelas y una sola frontera no más”, *Atenea*, (514), II Semestre.
- Correa, S. “Apogeo y crisis del liberalismo en Chile (1870-1920)”, En García, M.; Del Rey, F. (eds.) (2008) *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 194-197
- Dellarciprete, R. (2013) “La verdad de la ficción y la verdad del discurso historiográfico”, *Literatura, teoría, historia, crítica*, (1), (15).
- France, A. (1940) *Las opiniones de Jerónimo Coignard*, Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag.
- García, M.; Del Rey, F. (eds.) (2008) *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Grez, S. (2013) “González Vera: de muchacho anarquista a hombre de izquierda”, *Anales de literatura chilena*, (19).
- Guilisasti, S. (1964) *Partidos políticos chilenos*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento.
- Huidobro, V. (1925) *Balance Patriótico*, en línea, consultado el día 22 de noviembre del 2018, [http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh\\_article/0,1389,SCID%253D15632%2526SID%253D417%2526PRT%253D15631%2526JNID%253D12,00.html](http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D15632%2526SID%253D417%2526PRT%253D15631%2526JNID%253D12,00.html)
- Jaksic, I. (2006) “Liberalismo y tradición política en Chile”, *Circunstancia*, (9), Tomo III, en línea, consultado el día 24 de noviembre del 2018, <http://www.ortegaygasset.edu/publicaciones/circunstancia/ano-iii---numero-9---enero-2006/ensayos/liberalismo-y-tradicion-politica-en-chile>
- Jaksic, I.; Serrano, S. (2010) “El gobierno y las libertades. La ruta del liberalismo chileno en el siglo XIX”, *Estudios Públicos*, (118).
- Lanzuela, M. (2000) “La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós”, *Actas XIII Congreso AIH*, Tomo II.

- Lara, E. (2014) *Narradores y anarquistas. Estética y política en la narrativa chilena del siglo XX*, Concepción, Ediciones Escaparate.
- Latcham, R. (1954) "Historia del criollismo", *Anales de la Universidad de Chile*, (94), (112), (4).
- Latcham, R.; Montenegro, E.; Vega, M. (1956) *El criollismo*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- López, J. E. (2016) "La literatura de Manuel Mejía Vallejo como narrativa de la violencia en Colombia", *Nuevo Derecho*, (19), (12).
- Mac-Iver, E. (1900) *Discurso sobre la crisis moral de la República*, Santiago de Chile, Imprenta Moderna.
- Mainer, J. (2008) "Literatura como historia, historia como literatura", *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, (26).
- Martinic, Z. (2010) "Un ejemplo de las disputas entre liberales y conservadores en Chile (1887)", *Intus-Legere Historia*, (2), (4).
- Molina, E. (1939) *Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange). Estudios y recuerdos*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento.
- Montes, H.; Orlandi, J. (1955) *Historia de la Literatura Chilena*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.
- Órdenes, L. (2008) "Historia, literatura y narración", *Historia crítica*, (36).
- Ortiz, M. J. (1932) *Pueblo Chico*, Santiago de Chile, Empresa Letras.
- Ortiz, M. J. (2000) *Cartas de la Aldea, Chillán*, Imprenta La Discusión.
- Parada, M. (2014) "Sociabilidad de los sectores populares en la ciudad de Chillán entre los años 1869-1900", *Apuntes Universitarios*, (2), (4).
- Perdomo, W. (2014) "El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica", *Literatura y Lingüística*, (30).
- Rastier, F. (2008) "Discurso y texto", *Literatura y lingüística*, (19).
- Rousseau, J. J. *Las Confesiones*, París, Garnier Hermanos, Libreros Editores.
- Rubilar, L. "El imaginario del profesor rural en las novelas del maestro normalista Manuel J. Ortiz", en línea, consultado el día 26 de noviembre del 2018, [http://www.memoriachilena.cl/602/articles-123192\\_recurso\\_2.pdf](http://www.memoriachilena.cl/602/articles-123192_recurso_2.pdf).
- Sarmiento, D. F. (1874) *Facundo ó civilización i barbarie en las pampas argentinas*, París, Librería Hachette y cía.
- Serrano, S. (2008) *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- Subercaseaux, B. (2007) "Literatura, nación y nacionalismo", *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, (724).